
Selección
TERROR
REGRESO DE LAS TINIEBLAS
RAY LESTER

SELECCION

TERROR

RAY LESTER

REGRESO DE LAS TINIEBLAS

Colección
SELECCION TERROR n.° 230 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

225 — *El espejo del mal,* Burton Haré.
226 — *Mata al que te quiere matar!,* Clark Carrados».
227 — *¡Peor que asesinar...!,* Ada Coretti.
228 —*Doce citas de horror,* Kelltom McIntire.
229 — *El teatro de los horrores,* Curtis Garland.

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 20.617 - 1977
impreso en España - Printed *ín* Spain
1.a edición: julio, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S.A. Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

El viento ululaba ferozmente en el exterior, colándose con agudos silbidos por todos los resquicios, arrancando gemidos casi humanos a la vieja cabaña de troncos. Y casi constantemente, aquellas alimañas lanzaban al aire sus escalofriantes aullidos.

Los ocho hombres que ocupaban la cabaña evitaban mirarse los uno a los otros. En sus mentes se hallaba grabada la idea dolorosa de que el fin estaba próximo.

Un día... dos días... tres como máximo.

Sus rostros demacrados, hambrientos, reflejaban, con exactitud trágica, el intenso sufrimiento de los últimos doce días.

Doce terribles días de tormenta.

El viento gélido y despiadado se alternaba ininterrumpidamente con la cortina de nieve, haciendo descender el termómetro hasta los treinta grados centígrados bajo cero.

Y ellos, perdidos irremisiblemente en aquel tétrico confín del mundo. Sin esperanzas de sobrevivir, de regresar a la civilización. Hacía bastantes días que se les habían terminado las provisiones. Los ojos se hundían en las cuencas, confiriéndoles aspecto de cadáveres.

Cadáveres cubiertos por un helado sudario blanco.

Desde el instante en que se rompió la emisora portátil, debieron renunciar a la escalada. Pero no lo hicieron. Siempre se ha dicho que los escaladores están algo locos, y en aquella ocasión lo habían justificado plenamente.

¿A quién se le ocurrió la horrenda idea?

Marcel Peloux la estuvo discutiendo acaloradamente, cuando se la dijeron. Se negó rotundamente a que se pusiera en práctica el inhumano proyecto de sacrificar a uno de los miembros de la expedición.

También el norteamericano Nelson Piff se opuso con energía a la idea, y apoyó a Peloux decididamente. Ambos intentaron disuadir, por todos los medios, a los restantes compañeros. Piff llegó a probar una salida al exterior de la cabaña para demostrar que se estaba proyectando un asesinato en toda regla.

Los grandes chacales que merodeaban, hambrientos, le hicieron retroceder de inmediato. Tuvo que penetrar nuevamente en la cabaña, a toda prisa. Apenas si había permanecido medio minuto fuera.

Nelson Piff cerró la puerta, y avanzó, vacilante. Nadie hubiese dicho que aquel hombre acababa de cumplir los veinticinco años. Los ojos hundidos de forma horrorosa, la espesa barba y la capa de nieve

adherida a sus facciones, lo hadan aparecer como un hombre de setenta.

Se desplomó en un camastro, y abatió la cabeza, sujetándola entre las manos en patético ademán.

Roscoe, el guía nativo, inquirió:

—¿Qué...?

Nelson Piff sacudió la cabeza, en sentido negativo.

—Es inútil intentar la salida —musitó apagadamente—, Esas alimañas están al acecho, y destrozarían a cualquiera que intentara abandonar la cabaña.

Roscoe encogió los hombros, displicente.

—Nuestra única posibilidad de escape consiste en alcanzar el campamento tres, y utilizar la emisora que dejamos en él.

Durante unos minutos, nadie habló.

Sólo un sollozo de desesperación, brotado de una garganta, rompió el denso silencio.

La muerte gravitaba, inexorable, sobre aquellas personas, condenadas a perecer de forma horrible. O morían de inanición, entre horribles dolores, o destrozados por los agudos colmillos de los grandes chacales que esperaban en el exterior. No había el menor atisbo de esperanza de salvación para ellos.

—*¿Por* qué no acuden en nuestro auxilio? —se preguntó a si mismo Gianni Bertucci, con la mirada perdida.

—No pueden, Gianni —respondió, con extraña calma, su compañero de litera, Aldo Puzzo—. Ningún helicóptero se arriesgaría a volar, en estas condiciones climatológicas.

—Es posible que nos hayan dado por muertos —apuntó Peloux—. No sería nada extraño.

—¡Pero estamos vivos! —chilló, histérico, Bertucci.

Aldo Puzzo frunció las cejas, y luego esbozó una apagada sonrisa.

—¿Tú crees?

Nelson Piff levantó la cabeza, mirando a Peloux.

—¿Cómo sigue Luigi?

El aludido encogió los hombros.

—Al menos, él no se entera de nada.

—¿No ha recuperado el conocimiento?

—Tiene momentos de lucidez, pero son cada vez más escasos. Ya le escuchaste decir que una banda de buitres volaba sobre nosotros. ¿Te das cuenta? Una banda de buitres... El pobre está cada vez peor.

Sandro Labriola, el médico de la expedición, chasqueó la lengua, moviendo la cabeza.

—Sus horas están contadas.

Gianni Bertucci se abalanzó sobre Labriola y, atrapándolo de la

pechera, se puso a zarandearlo.
—¡No debes hablar así de un compañero, maldito matasanos!
Entre varios, tuvieron que separarlo del médico, y lo arrojaron sobre uno de los camastros, donde empezó a sollozar entrecortadamente.
Labriola avanzó, aproximándose a él.
—Me has interpretado mal, Gianni. No me he referido a... lo que estemos pensando hacer.
El trágico silencio volvió a ceñirse sobre ellos.
En una de las literas inferiores se hallaba Luigi Trento. Las piernas paralizadas por las horas que tuvo que permanecer expuesto a la baja temperatura de la cumbre. Tenía los pulmones congelados... Hubiese sido mejor para él que Roscoe no lo rescatara. El nativo demostró una fortaleza inaudita, portándolo hasta la cabaña.

El silencio se prolongó, y Roscoe avanzó despacio, colocándose en el centro de la estancia. Desparramó una mirada impasible, fría, sobre los siete hombres.

—No hay otra solución —empezó a decir—. Estoy seguro de llegar al campamento tres.

Marcel Peloux saltó en pie, brillándole las pupilas con fulgor homicida.

—¡Cállate, condenado buitre...!

Roscoe clavó en él una mirada gélida, inexpresiva,

—¿Cuántos días crees que seguiremos vivos hasta comenzar a morir de inanición? Mírate a un espejo, Peloux. Eres un cadáver. Tu estómago se contrae en dolorosos espasmos, igual que los nuestros.

El francés apretó, rabioso, los puños.

—No vas a conseguir convencemos, Roscoe.

—Yo creo que sí. Sólo tienes que observar a los demás para comprobar que no pueden seguir soportando los dolores del hambre. Serían capaces de emprenderla a dentelladas con esos chacales de fuera. Si tuvieran los colmillos tan afilados como las malditas alimañas...

Marcel Peloux lanzó un puñetazo a Roscoe, quien lo esquivó con suma facilidad, y el francés perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Desde allí, miró, suplicante, a sus compañeros.

—¿Vais a consentir que este asqueroso nativo nos convierta en fieras despiadadas?

Nadie le respondió.

Incluso Nelson Piff se limitó a mirarlo, impasible.

Hecho otra vez el silencio, prosiguió Roscoe:

—Alguno de nosotros puede sobrevivir. La tormenta no durará eternamente, y el grupo de rescate sabrá que aún estamos vivos, tan pronto emita mi mensaje desde la emisora del campamento tres. Jamás he conocido una tormenta tan intensa por estas regiones, y

estoy seguro de que remitirá en unos días.
Aldo Puzzo dejó escapar un suspiro.
—Para entonces, sólo quedarán nuestros esqueletos.
El nativo le apuntó con el índice.
—Por eso hemos de intentarlo.
Peloux volvió a intervenir, lanzando una amarga risa.
—¿Sacrificando a un compañero? Es posible que incluso tus antepasados practicaran el canibalismo.
El moreno rostro del nativo se atirantó, y sus pupilas despidieron un verdoso fulgor.
—En mi tribu nunca lo hicieron, Peloux —rebatió en tono helado—. Pero en mi tribu somos inteligentes, y siempre se impone la ley de la supervivencia. No somos unos estúpidos.
El francés arqueó las cejas.
—¿Quieres dar a entender que los blancos somos unos estúpidos?
—Sólo afirmo que entre los de mi raza no habría discusión. Todos hubieran comprendido que se trata de una necesidad.
—¿Una necesidad...? —se atragantó Peloux—, ¡Una salvajada inhumana!
Nelson Piff se incorporó, y avanzó hacia el francés.
—Siéntate en tu sitio. Marcel.
Peloux le miró, perplejo.
—¿También tú...?
El norteamericano hizo un tajante ademán.
—¡Siéntate!
—Pero tú no estabas...
Nelson Piff soltó un trallazo con la derecha, y el francés fue reculando hasta desplomarse junto a la pared del fondo. El nativo Roscoe dejó escapar una risita.
—Peloux me estará agradecido, si consigue sobrevivir. Luego no encontrará tan inhumano que echemos carne a esas fieras.
Nelson Piff se giró, mirándolo al fondo de los ojos. Suavemente, sin dejar de mirarlo, inquirió:
—¿Has pensado que podríamos escogerte a ti como víctima, Roscoe?
El nativo compuso una mueca burlona, y asintió despacio:
—No voy a negarte que en un principio lo pensé. Pero tardé menos de un minuto para desechar la idea,
—¿Sí?
—¿Quién de vosotros tiene agallas para intentar llegar al campamento de la emisora? A pesar de entretener a los chacales echándoles el cuerpo de Luigi... correré un gran peligro.
Hizo una pequeña pausa, y agregó:
—Sin embargo, espero burlarlos saliendo por la parte trasera,

mientras ellos se encargan de devorar al desafortunado...
Bertucci saltó en pie, incapaz de contenerse por más tiempo.
—¿Por qué tantos detalles, maldita sea...? —De pronto, se llevó ambas manos al estómago, y su rostro se tomó pálido. Los ojos parecieron hundirse aún más en las cuencas, a causa de los agudos dolores producidos por la falta de alimentos—. ¡Es... monstruoso!
En el exterior, seguía soplando el viento huracanado, arrancando lúgubres lamentos a la madera de la cabaña. Lamentos que se mezclaban con los aullidos de los hambrientos carnívoros. Ya no eran seres civilizados.
La civilización se hallaba a miles de años de allí.
Eran seres primitivos, con la única obsesión de sobrevivir.
Nelson Piff preguntó lentamente:
—¿Cómo... haremos la elección, Roscoe?
El nativo arqueó las cejas, sorprendido, y, después de unos segundos, sonrió irónico.
—Comprendo... Queréis hacerlo de una forma más o menos legal. Para que vuestras conciencias estén tranquilas —hizo una intencionada pausa, dando tiempo a una nueva oposición, que no llegó a producirse. Todos los cadavéricos semblantes permanecían herméticos. Finalmente, dirigió las heladas pupilas hacia el desvanecido Luigi—. ¿Es preciso hacer eso?
Berto Coloma, otro de los escaladores, musitó:
—Es como un crimen despiadado.
—Está bien.
Acto seguido, llevó una mano al bolsillo de su chaquetón, y extrajo pausadamente una bolsita de cuero.
—Se hará una elección legal, si eso tranquiliza vuestras conciencias, amigos. Introduciremos seis bolitas blancas y una negra en esta bolsa. El desgraciado que saque la negra...
—¿Siete...?
—Yo no cuento, Piff, ¿recuerdas?
Y con macabro regocijo, fue introduciendo unas oscuras semillas de forma esférica en la bolsita. Una a una, las depositó en el fondo, después de mostrarlas, entre indiferente y sardónico a los otros.
¡Todas eran negras!
Cuando hubo terminado, se aproximó al camastro de Luigi Trento, con la bolsa en la mano.
—Despertadlo —pidió, tendiendo la bolsita.
Paralizados por el horror, nadie, se movió.
—¡He dicho que lo despertéis! —rugió el nativo, y entonces varias manos zarandearon al enfermo.
Luigi abrió unos ojos desencajados, y miró estúpidamente al negro.
—¿Qué... ocurre?

—Saca una bola, Luigi —ordenó, frío, Roscoe—. Tendrás posibilidades de vivir, si es blanca.

Sin saber exactamente lo que hacía, introdujo el enfermo la mano en la bolsa de cuero. A pesar de conocer de antemano el desenlace, todas las miradas permanecían anhelantes, observando los lentos movimientos de Luigi.

Y éste mostró la oscura esfera, sin saber su significado.

Agazapado en un rincón de la cabaña, gimió Marcel Peloux:

—¡Dios tenga piedad de nosotros...!

CAPITULO II

Habían transcurrido dos años.

En la habitación del lujoso hotel que ocupaba, en la Riviera, Nelson Piff, famoso *play-boy* norteamericano, archiconocido en todos los lugares de recreo estival de las costas francesas e italianas, contempló, con creciente deseo animal, a la suculenta morena.

El *deshabillé* de tenues y transparente nilón dejaba al descubierto los múltiples encantos de la hermosa mujer. Las furtivas redondeces de piel tersa y bronceada hicieron tragar saliva, una vez más, al joven millonario.

Finalmente, se acercó a ella, y echó hacia atrás la leve bata. Los senos blancos, turgentes, aparecieron ante sus ojos. Pasó la mano por el hombro femenino en gesto de contenida pasión enervante y, besándola en el inicio del cuello, susurró, quedo:

—Eres pura tentación...

Se desprendió ella, posando la diestra en el pecho masculino, sin brusquedad.

—Me voy a dormir, Nelson.

Piff arqueó las cejas, extrañado.

—¿Ya...? Apenas son las tres, cariño. Tenemos toda la noche por delante, y deseos de pasarlo bien, ¿no?

Ella frunció los labios, absteniéndose de manifestar que el único deseoso de pasarlo bien era él. Estaba muy cansada, alegó, tratando de disuadirlo:

—Mañana tengo que pasar modelos, Nelson. Sé buen chico, y deja que me marche.

—Creo que voy a oponerme con todas mis fuerzas, Rita.

Nelson se aproximó a ella, y la enlazó por la cintura, atrayéndola contra su pecho. Se inclinó, hundiendo la cabeza en el cuello femenino, y fue depositando besos golosos en la suave piel bronceada.

Percibió el estremecimiento de Rita, y se empleó con renovados bríos en rendir la oposición de ella. No obstante, se desprendió otra vez la muchacha, y alejóse unos pasos de él.

—Mañana, Nelson, por favor...

—Mañana es un plazo muy lejano, cuando se aspira el enloquecedor perfume a hembra que emana de tu cuerpo, cariño.

—Me comprometí a...

Nelson dio un manotazo al aire.

—Olvídate de eso. Yo te indemnizaré por tus pérdidas.

—No lo entiendes, amor.

—Puedes pedirme lo que quieras —insistió Nelson Piff, turbias las

ideas—. Quédate, Rita.

La muchacha permaneció unos instantes dubitativa, y al fin acabó encogiendo los hombros, al tiempo que hacía un ademán de resignación.

—Está bien —suspiró, sonriendo—. Has ganado, como siempre.

Nelson saltó sobre ella, intentando estrujarla entre sus brazos, pero la chica lo contuvo, poniendo ambas manos en el desnudo torso masculino.

—Quiero tomar una ducha. Nelson —pidió, suave—. Estoy sudorosa de tanto bailar. Será sólo un minuto, amor. ¿Crees que podrás esperar, sin tener que salir en busca de la camarera?

El *play-boy* asintió, risueño. Una vez vencida la resistencia, no importaba cinco minutos de demora.

—Me serviré una copa —dijo, encaminándose a la mesita de los licores—. Procura estar de regreso antes de que la acabe.

Rita emitió una enervante risita.

—Sirve otra para mí. Es cuestión de un minuto.

Y se introdujo, riendo sensualmente, en el baño anexo.

Nelson bebió un trago de brandy añejo, y chasqueó la lengua, paladeándolo con deleite.

Los últimos dos años de su vida habían transcurrido en un constante derroche de energías y dinero. Esto último no le preocupaba en absoluto, y a decir verdad..., tampoco lo primero.

No conseguía borrar de su mente aquella horrible expedición, de la que habían escapado milagrosamente, gracias al tesón del nativo Roscoe. Jamás lograría olvidar el execrable crimen. Las hermosas mujeres de la Riviera y la Costa Azul podían abotargar sus sentidos, y el licor, embrutecerlos, pero nunca se iría de su mente el horror...

Paseó, nervioso, por la amplia estancia.

Y de repente, lo vio.

Quedó petrificado por el espanto que le producía la horrenda visión.

Un gélido escalofrío recorrió su espina dorsal, y quiso aullar, pero tenía como agarrotadas las cuerdas vocales. Sólo consiguió emitir un incoherente gorgoteo grotesco. Su rostro estaba lívido, inundado de un súbito sudor frío.

—¡No puede ser...!

La macabra figura lo miraba en silencio. Había una mueca horrible en su desfigurado semblante, lleno de cicatrices pavorosas. Parecía... parecía reír sardónicamente.

¿Cómo pudo colarse en la habitación?

Nelson recordaba que él mismo cerró todas las salidas para evitar la posible fuga de Rita. Por un momento, llegó a pensar que todo se debía a que estuvo atormentándose, hacía tan solo unos segundos.

Pero la horrenda figura seguía allí, plantada delante de él, contraído de forma espeluznante el rostro.

Y de pronto, los músculos del *play-boy* norteamericano obedecieron la imperiosa orden surgida de su cerebro. Echó a correr alocadamente hacia la puerta, intentando escapar.

La figura se desplazó, y aquello aterrorizó aún más a Nelson Piff.

Porque vio perfectamente, con ojos desorbitados, que aquel horrible espectro no movía las piernas para desplazarse por la habitación, cerrándole el paso. Era como si sus pies flotaran a ras de suelo.

Adosó Nelson Piff la espalda a la pared más cercana, incapaz de realizar el menor movimiento. Sentía todo su cuerpo cubierto de un sudor frío, mortalmente frío.

La figura avanzó lentamente hacia él.

Nelson tuvo la convicción de que iba a morir.

Unas manos sarmentosas y arrugadas se fueron levantando despacio, en dirección a su cuello. Otra vez deseó gritar con todas las fuerzas de sus pulmones, pero el profundo terror lo tenía completamente paralizado, sin capacidad de reacción.

Cuando aquellas manos hicieron contacto con su piel, notó que estaban heladas. Entonces, el propio instinto de conservación le impulsó a luchar desesperadamente por su vida.

Nelson Piff era un atleta de vigorosos músculos, y se debatió con inusitado coraje, pretendiendo zafarse del férreo dogal que formaban las sarmentosas manos en torno a su cuello. Lanzó varios puñetazos desesperados, y sus puños blandieron el aire, a pesar de que él tuvo el convencimiento de haber alcanzado a la figura en pleno rostro.

¡Era... era como si sus puños pasaran a través de la carne!

Aquello acabó con su resistencia.

Unas uñas largas, duras como los colmillos de un lobo, traspasaron su piel, rasgándola sin misericordia. Nelson hizo un sobrehumano esfuerzo, y levantó la rodilla, intentando golpear el bajo vientre de la horrible figura, y de nuevo se perdió en el aire el rodillazo.

Sintió que un fétido aliento le azotaba el rostro.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente, a consecuencia de la constante presión de aquellos dedos, delgados como huesos, en su cuello. Y las largas uñas continuaron desgarrando la carne del norteamericano.

Pero Nelson Piff apenas si llegó a sentir dolor físico.

Sus piernas se doblaron, cortada del todo su respiración, y su cuerpo se desmadejó como un pelele entre aquellas manos huesudas, pero de fuerza descomunal, sobrenatural...

En eso apareció la morena Rita en la puerta del cuarto de baño, envuelta en un corto albornoz, que dejaba al descubierto sus largas y

bien torneadas piernas.

Vio a un hombre inclinado sobre el cuerpo caído de Nelson.

—¿Qué está haciendo usted?

La figura levantó la cabeza, girándose hacia ella, y la muchacha sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Contempló, atónita, aquel cuerpo desfigurado y, sobre todo, el horrendo rostro contraído, lleno de cicatrices profundas. Los ojos vidriosos de la figura se clavaron, inexpresivos, en ella.

Rita quedó paralizada de terror.

El espectro dejó a Nelson Piff tendido en el suelo, y avanzó en dirección a ella. Las manos levantadas mostraban las largas uñas ensangrentadas. Y una voz honda, cavernosa, brotó de aquella boca torcida:

—Debiste quedarte en el baño.

—¿Quién es usted?

El albornoz resbaló de los hombros, y apareció el espléndido cuerpo desnudo de la muchacha. La figura se deslizó sobre el suelo, sin que sus ojos, carentes de vida, prestaran la menor atención a los innumerables encantos femeninos.

Rita retrocedió, aterrada, y quiso refugiarse en el cuarto de baño.

En tardía reacción.

La figura llegó junto a ella, y Rita sintió el repulsivo aliento, al mismo tiempo que las huesudas manos ponían un dogal en torno a su cuello, de tersa y suave piel.

Unas manos que no acariciaban, como solía suceder habitualmente en sus relaciones con el sexo opuesto. Unas manos que se cerraban sobre su garganta como si fueran de acero.

Rita se debatió, en desesperado e inútil esfuerzo.

Las manos siguieron apretando, despiadadas, y el rostro, que fue hermoso en vida, se fue conviniendo en una máscara horrible.

La voz cavernosa susurró:

—No debiste salir.

Se escuchó un crujido, y el extraordinario cuerpo femenino se convirtió en una masa fláccida, que la figura fue depositando en el suelo, con extremo cuidado.

Luego regresó junto al cadáver de Nelson Piff. Introdujo una de sus sarmentosas manos en un bolsillo, y extrajo una esfera de color negro, que depositó sobre el torso desgarrado de Nelson Piff, procurando que no rociara.

Los labios amoratados se movieron, susurrando:

—La tuya, Nelson.

CAPITULO III

El agente Marc Cavall arqueó las cejas, extrañado, y miró, sorprendido, a su superior.

—Estás de broma, ¿eh, Burt?

Burt Mac Callum sacudió la cabeza, cubierta de blancos cabellos, y respondió en tono grave:

—Te consta que rara vez bromeo, Marc. Tienes que irte a Italia, y colaborar en el esclarecimiento de un extraño crimen, cometido en la Riviera. La víctima era un súbdito norteamericano, aunque llevaba varios años fuera de nuestro país.

—¿Por qué tengo que ser yo?

—Por dos razones poderosas. Una: eres el mejor agente de mi grupo. Y dos: tu origen italiano puede resultar de gran ayuda en la investigación que se lleva a cabo.

Marc Cavall chasqueó la lengua.

—Se trata de un pez gordo, ¿eh?

—¿Qué te lo hace suponer?

—Vamos. Burt; por un paria, no se tomarían tantas molestias nuestros jefes.

—Se llamaba Nelson Piff.

Cavall moduló un suave silbido.

—El *play-boy* que apestaba a dólares, ¿no?

El inspector Mac Callum torció, molesto, el gesto, y se disculpó Cavall:

—Perdona, Burt, mi origen puede ser latino, pero en mis modales se advierte el hábito de los barrios bajos neoyorquinos. ¿La policía italiana no se basta para esclarecer los hechos?

Mac Callum encogió los hombros.

—La orden ha venido de las alturas, Marc.

—Lo suponía. El tal Piff debió ser un tipo muy influyente, en vida, ¿eh, Burt? Lo de siempre: presiones de las altas esferas, los jefazos que pegan unos cuantos gritos... Mierda pura.

Mac Callum lo atajó, haciendo un ademán.

—Eso no es cosa nuestra, Marc. Lo mismo da cumplir con una misión en Nueva York, que en la Cochinchina.

Cavall se pasó la mano abierta por el mentón.

—¿Qué opinará la policía italiana, si un extraño va y mete las narices en sus asuntos?

—Las altas esferas, como tú dices, se han encargado de arreglarlo. La policía italiana ha dado su consentimiento para que trabajes en colaboración con el inspector Guido Mazzoni. Te aguardará mañana en el aeropuerto de Génova.

Cavall soltó un respingo.

—¡Diablos...! Tengo algunos asuntos por resolver, Burt.

—Quedan anulados. Esto tiene prioridad.

Pensó Marc Cavall que habían sido inútiles todos sus esfuerzos por seducir a la suculenta Jill. La tenía ya en el bolsillo, y accedió a cenar con él al día siguiente. Luego irían a su apartamento y... Ahora todo se iba al traste.

Dejó escapar un suspiro de resignación.

—Todo sea por el asqueroso deber. ¿Por qué dijiste «extraño asesinato», Burt?

—El asesino se ensañó con el cadáver de Nelson Piff.

—¿Lo descuartizó?

Burt Mac Callum se hallaba acostumbrado a las salidas sarcásticas de su amigo y buen agente. Respondió despacio:

—Por toda la anatomía de Piff aparecían infinidad de rasgaduras, producidas por algún objeto cortante. Estaba totalmente desangrado. Como si unos colmillos humanos...

Cavall sonrió, escéptico:

—¡Hombre, Burt...! ¿Vampiros como en una historia de terror?

—Ni se bebieron la sangre de Nelson Piff. ni los supuestos colmillos buscaron sus venas. Simplemente, se limitaron a desgarrarle horriblemente el cuerpo.

—Como si se tratara de un sádico, ¿eh?

—Exacto. Esa fue la primera impresión de la policía italiana.

Cavall escrutó, con mirada penetrante, los ojos de su jefe.

—Pero tú no lo crees.

Mac Callum movió la cabeza en sentido negativo, Cavall adelantó el mentón, con risita incisiva.

—Te gusta hacerte el genio, ¿eh, Burt? Suéltalo ya, hombre. Prometo que has logrado despertar mi curiosidad.

Mac Callum rió bajito, mostrando satisfacción.

—Primero te haré un poco de historia, respecto a Piff.

—Venga.

—¿Quieres fumar?

Cavall cogió el cigarrillo que le tendía su jefe, sin demostrar impaciencia. Sabía que le gustaba adornar las cosas a su modo, y él no iba a estropeárselo. Lanzaron sendas bocanadas de humo, y el inspector empezó a decir:

—Nelson Piff fue siempre un atleta en todo el sentido de la palabra. Desde sus primeros años, se dedicó de lleno a la práctica de varios deportes. Y sobresalió en todos.

—En todos, menos en uno.

Mac Callum arqueó las cejas.

—¿En cuál?

—En el deporte del trabajo.

—No tenía necesidad de trabajar. Le bastaban los millones de la familia. Practicó el rugby, las carreras de bólidos, el tenis... Ultimamente, se aficionó al alpinismo, y participó en varias expediciones, que él mismo costeó. Hace dos años, fue uno de los componentes de la cordada que estuvo durante veintidós días perdida en el Kilimanjaro, ¿lo recuerdas? Los periódicos gastaron ríos de tinta con la noticia. Fue la mayor tormenta que se recuerda en aquellas regiones. A pesar del tiempo que permanecieron perdidos, sólo murió uno de los montañeros. Sus mismos compañeros lo sepultaron entre las nieves de la cumbre, y eso debió afectar de gran manera a Nelson Piff. Fue otro hombre, desde que ocurrió aquello.

Burt Mac Callum hizo una breve pausa, y Cavall la aprovechó para indagar:

—Eran montañeros de varias nacionalidades, ¿verdad?

—Cinco italianos, un francés, el guía nativo y el propio Piff. Luigi Trento fue el que perdió la vida.

—A los italianos siempre nos toca bailar con la más fea.

—Nelson Piff permaneció durante mes y medio en una clínica de reposo. Cuando salió de allí, solicitó a su padre la parte de herencia correspondiente a su difunta madre, y comenzó a derrocharla. Bebida y mujeres fueron sus únicos deportes, desde entonces hasta su muerte.

Mac Callum guardó silencio, y Cavall permaneció unos instantes en actitud meditativa.

—Pudo ser una venganza, por asunto de faldas. Los latinos.

Se interrumpió porque su jefe negaba con lenta cabezada.

—No lo creo.

—Guardas algo más en el tintero, ¿no?

—He consultado los archivos de crímenes internacionales, de

extrañas circunstancias.

—¿Y qué?

—Tuve suerte. Hace un mes, apareció muerto, en una fonda de Marsella, el guía nativo llamado Roscoe. Un tipo de dudosos antecedentes, pero con abundante dinero, desde hacía dos años. Participó en la expedición al Kilimanjaro de Piff, y encontró la muelle en circunstancias similares. Todo el cuerpo lleno de desgarraduras, y una esfera negra sobre su cuerpo inerte.

Cavall frunció el ceño.

—¿Una esfera negra?

—Esa es otra peculiaridad del sádico criminal —el inspector puso la diestra sobre una carpeta que se hallaba encima de la mesa—. Aquí tienes un *dosier,* con todo lo concerniente al asunto. Podrás estudiarlo durante el viaje, y opino que le llevarás cierta ventaja a la policía italiana, Marc.

—¿No les has comunicado lo de Roscoe?

—No he tenido ningún contacto con ellos —Mac Callum hizo una breve pausa y agregó—: Hay otra cosa bastante significativa.

—¿Si?

—Cuando Piff murió, se encontraba en compañía de una modelo, que siguió su misma suerte. Sin embargo, ni su cuerpo mostraba señales de sadismo, ni tenía la esfera negra sobre él.

—O sea: que el fulano destroza a los que fueron componentes de aquella expedición.

—Eso parece. Por lo menos, fue lo que hizo con Roscoe y Piff. Busca la conexión entre esos dos asesinatos, y tendrás ganado un cincuenta por ciento del caso.

Cavall dejó escapar una risita sarcástica.

—Sencillo, ¿eh?

Mac Callum contestó en el mismo tono burlón:

—Tú eres un as de la investigación, muchacho. Empezaré a preparar la orden de extradición.

Ambos hombres se incorporaron.

Marc Cavall puso de manifiesto su gran envergadura. Se adivinaba un cuerpo atlético, de fibrosos músculos, bajo el traje de corte moderno. El rostro curtido, de bruto simpático, le confería un aspecto erróneo, de hombre trivial. A pesar de que sus ojos negros poseían una penetrante mirada.

Ondeó la diestra negligentemente, dirigiéndose a la salida.

—Te traeré al fulano cogido de la oreja, Burt.

—Espera un momento, Marc —llamó el inspector, simulando que se olvidaba algo importante—. Tengo otra cosa que decirte.

Cavall se giró, con el pomo de la puerta entre los dedos.

—Adelante, Burt.

—Llevas compañía en el viaje a Italia.
—No me digas que has decidido venirte conmigo, a última hora.
—Neila Piff irá contigo.
Cavall no pudo reprimir un respingo.
Muchas veces había visto la fotografía de Neila Piff, hojeando las revistas, mientras aguardaba turno en la peluquería. Sobre todo, una en «bikini», que le robó el sueño un par de noches que... Mirando, ceñudo, a su jefe, inquirió:
—¿En calidad de qué?
—No interferirá en tu investigación.
—Escucha, Burt... Neila Piff me deleitaría como compañera de una cena en mi apartamento. Pero no me gusta metiendo sus lindas naricitas en un feo asunto de asesinato.
Mac Callum se encogió de hombros.
—Son cosas de las altas esferas. Ya sabes... Ellos ordenan y nosotros obedecemos. Y en adelante, tendrás que cuidar tu lenguaje, muchacho. Neila Piff es una mujer de clase.
—¿Puedo decir mi última palabrota de la temporada, Burt?
—Claro.
—¡Que se vayan a la mierda las altas esferas!
Y bajo la sonriente mirada del inspector Burt Mac Callum, abandonó, colérico, el despacho.

CAPITULO IV

Gianni Bertucci caminaba despacio por el estrecho sendero, con la caña de pescar sobre el hombro.

Respiraba a pleno pulmón el aire puro de la montaña, desprovisto del enrarecimiento y la polución de la ciudad. Se sentía feliz, en aquellas tranquilas soledades.

Desde que abandonó la práctica del alpinismo, dos años antes, la pesca se había convertido en su única afición. Acostumbraba a pasarse los días enteros sentado en la orilla de un río. Disfrutando del bucólico paisaje algunas veces, y... a solas con sus remordimientos, otras.

Jamás pudo olvidar lo ocurrido aquel espantoso día.

Iba tan abstraído, que tropezó en una piedra y estuvo a punto de perder el equilibrio. Al enderezarse, descubrió al hombre que esperaba junto a una encina, situada al borde del camino.

El corazón le dio un vuelco en el pecho, y se detuvo bruscamente.

Sus ojos se clavaron, fascinados, en la familiar figura del hombre que parecía esperarlo a él. El horrible semblante de aquel hombre se crispó en mueca que quiso ser sardónica sonrisa.

Y su pregunta sonó como un chirrido metálico en los oídos de Bertucci:

—¿Sorprendido, Gianni?

Bertucci retrocedió un paso, lleno de súbito terror.

—¡No puede ser...!

La horrenda figura avanzó, deslizándose sobre el polvo del sendero y Bertucci sintió que se le erizaban los cabellos. Sus ojos se agrandaron, amenazando con saltar de la órbita.

—¡No es posible que... seas tú!

La figura repitió su chirriante forma de hablar:

—¿No? ¿Te estás refiriendo a que viste con tus propios ojos como me devoraban aquellos chacales?

—Luigi, no...

—Aún conservo en mi cuerpo las salvajes dentelladas. Las cicatrices me recuerdan constantemente vuestra canallesca acción, Gianni. Tú eras mi amigo.

Gianni Bertucci no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Aquella visión sobrenatural era producto de sus propios remordimientos. Había visto cómo los chacales despedazaban a Luigi Tiento, allá en la cumbre, hasta que su cuerpo desapareció, devorado por las alimañas. Tuvo la certeza, durante unos segundos, que la horrible visión desaparecería si cerraba los ojos y volvía a abrirlos.

La figura pareció adivinarle el pensamiento.

—Estás pensando que es una pesadilla, ¿verdad, Gianni?

—Tú... —musitó Bertucci, entornando los párpados—. No puede ser una realidad, Luigi.

—Lo mismo dijeron Roscoe y Nelson —los labios amoratados se movieron, produciendo un ruido semejante al roce del papel de lija—. Te he traído tu bola negra, Gianni.

Bertucci retrocedió nuevamente, sintiendo que las piernas empezaban a fallarle. La helada transpiración cubría su macilento rostro, desencajado a causa del horror.

—Ven, Gianni —invitó la tétrica figura, tendiendo las sarmentosas manos—. Sólo será un instante.

—¡Vete de mi vista, maldita aparición! —estalló Bertucci, incapaz de reprimir por más tiempo el pánico que se estaba apoderando de él, por momentos—. ¡Quiero que desaparezcas...!

La figura se le fue aproximando lentamente.

Extendidas las huesudas manos.

Bertucci quiso echar a correr ladera abajo, pero las piernas se negaron a obedecerlo, y permaneció petrificado. Contemplando, con ojos desorbitados, el avance de la siniestra figura.

El rostro espectral, cerúleo y contraído a causa de las cicatrices, era espantoso. Los ojos vidriosos, sin vida aparente, se hallaban fijos en Gianni Bertucci, de forma extraña y alucinante.

Las manos huesudas se posaron en sus hombros, *y* Gianni emitió un prolongado aullido de terror. Aquellas manos fueron subiendo despacio hacia el cuello, sin que Gianni pudiera moverse.

El fétido aliento lo envolvió.

¡Delante de él tenía a un cadáver!

¡Un cadáver, que se proponía acabar con su vida!

De repente, sus piernas obedecieron, y logró escabullirse de las esqueléticas y frías manos. Emprendió una alocada carrera, ladera abajo, sin cesar de lanzar chillidos de pánico.

Otra vez brotó la risa chirriante en los amoratados labios.

Gianni continuó corriendo en dirección al riachuelo, tropezando una y otra vez. Pero se incorporaba con rapidez, y en seguida reemprendía la huida.

No miró ni una sola vez hacia atrás.

Al fin llegó, jadeante, junto a la orilla, y se ocultó tras una enorme roca, dejándose caer desfallecido, cubiertos todos los poros de su cuerpo por un abundante y helado sudor. Temblando como un poseso, asomó la cabeza por encima de la roca.

No vio por ninguna parte a la horrible figura.

Apoyó los antebrazos en la roca, y sepultó el rostro entre ellos, resollando entrecortadamente. Quizá lodo se había debido a una mala pasada de su imaginación. Nunca más volvería a quedarse solo, en

ninguna parte. Los remordimientos habían sido demasiado fuertes, durante aquellos dos años, y su sistema nervioso empezaba, lógicamente, a fallar.

La risa hiriente sonó súbitamente a su espalda.

Gianni se revolvió, dejando escapar un grito de espanto.

Allí, delante de él, estaba la fantasmal figura, con sarmentosas manos extendidas hacia su cuello.

Apenas si distaba un metro de él, y Bertucci se pegó materialmente a la roca, que le pareció de hielo. El frío intenso, terriblemente intenso, estaba incrustado en todo su ser.

—¡No, Luigi... no!

Las manos hicieron presa en su cuello.

Y las largas uñas afiladas empezaron a desgarrar la carne, haciendo que la sangre manara abundantemente.

El interminable aullido surgido de la garganta de Bertucci se fue conviniendo en grotesco sonido incoherente, al acentuarse la presión de los esqueléticos dedos sobre el cuello.

Gianni se debatió, sabiendo que todos sus esfuerzos iban a resultar inútiles. La vista se le nubló, y las tinieblas acudieron a su mente, que de manera extraña revivió, en fugaz película, lo sucedido aquellos terribles días en el Kilimanjaro.

Una expedición de amigos, casi de recreo... Buena armonía general hasta que se encontraron rodeados por aquel maldito sudario blanco y helado, sin posibilidad de escape. Una situación que llegó a convertirlos en bestias humanas, sacrificando a un compañero enfermo.

Un compañero que clamaba venganza, desde el Más Allá.

Una expedición a las tinieblas de lo irreal... al mismo infierno.

El hilo se rompió bruscamente al crujir el cuello de Bertucci, y abandonarle el último hálito de vida.

Poco después, el cadáver presentaba múltiples heridas, producidas por unas manos vengadoras.

La siniestra figura repitió la misma operación que hizo con Nelson, depositando una esfera de color negro sobre el desfigurado cuerpo de Gianni Bertucci.

—La tuya, Gianni.

Una pareja de enamorados pasó, horas después, por aquel lugar, buscando un paraje solitario para llevar a cabo sus efusivas intimidades amorosas, y se encontraran con el cadáver.

Corrieron, desaforados, hasta el cercano pueblo, informando a la policía, con explicaciones incoherentes.

CAPITULO V

Adelantándose al contacto personal, había catalogado Marc Cavall «in mente» a la joven millonaria Neila Piff, como una mujer presuntuosa y pagada de sus millones.

Después de tratarla un rato, se vio obligado a rectificar la ficha mental.

Neila Piff era una chica de sobria elegancia natural, pero de carácter abierto, moderno, vivaz y sencillo. Poseía un raro encanto, que Marc había descubierto raras veces en el sexo opuesto. Sus ojos eran dos esmeraldas engarzadas en un rostro perfecto de óvalo, donde los rojos labios, sin necesidad de carmín, ponían un toque de tentadora belleza exótica y natural.

El cabello, en corta melena dorada, armonizaba con el casquete breve de color verde, añadiendo unas gotas de femineidad, que no necesitaban los veinticuatro años pletóricos de Neila.

A pesar de que se advertía en la muchacha el lógico dolor por la reciente pérdida de su hermano Nelson, la conversación discurrió por unos cauces que agradaron al agente Cavall. Después de la escala en Barcelona, se había roto el hielo inicial, y Marc abandonó el natural recelo que le produjo la compañía impuesta de Neila Piff.

Consultó Marc su reloj.

—En veinte minutos, estaremos en Génova, Neila.

Ella se ladeó en el asiento contiguo, apartando la mirada de la revista que estaba hojeando, distraída.

—Ha sido un viaje cansado, Marc.

—Para mí, no —sonrió el joven—. Las fotos que aparecen en esos papeluchos no te hacen justicia.

Ella guardó silencio unos instantes, y luego dijo:

—Espero que Mazzoni se haya encargado de buscarnos alojamiento cómodo.

—Seguro. Mi jefe es un tipo campechano, pero no se le escapa una. Habrá insistido en ese sentido.

Se encendieron unas letras luminosas en el panel del fondo, y una voz femenina anunció que se disponían a tomar tierra en el aeropuerto de Génova, en breves minutos.

Poco después, tendía Marc el pasaporte al uniformado agente en el mostrador de llegadas internacionales. El hombre levantó la cabeza, tras echar un vistazo al nombre impreso, e hizo una leve señal en dirección a un lugar situado a espaldas de Marc.

Guido Mazzoni abandonó la columna donde estaba apoyado, y se aproximó a la pareja.

Frisaría en los treinta años. Era largo, espigado. Piel oscura y

negros cabellos peinados con raya a la izquierda. Hizo una breve inclinación, destinada particularmente a Neila, y luego de mostrar su identificación, dijo:

—Inspector Guido Mazzoni. Bien venidos a Italia.

—Marc Cavall —se presentó a sí mismo el agente norteamericano —. La señorita Neila Piff.

El policía italiano puso cara de circunstancias.

—Lamento conocerla en semejante trance, señorita Piff. Reciba mi sincera condolencia.

—Gracias, inspector Mazzoni.

—Bastará con que me llame Mazzoni, señorita Piff. ¿Qué tal viaje h2n tenido, Cavall?

—Pesado. Siempre supuse que Italia se hallaba más cerca de Estados Unidos.

Mazzoni emitió una risita, que a Marc le sonó irónica.

—¿Su primer viaje a este país, Cavall?

—En efecto, Mazzoni —asintió el norteamericano—. Pero si no le importa, seguiremos charlando en el trayecto al hotel. La señorita Piff viene cansada.

—¡Oh, perdonen...! —se disculpó el italiano—. Mi coche está esperando fuera. Tendré mucho gusto en llevarlos al hotel que yo mismo busqué para ustedes. Espero que les agrade. Es confortable, y se encuentra próximo a la plaza de la Victoria. Su jefe insistió en que fuese un alojamiento cómodo, Cavall.

Marc cambió una mirada de inteligencia con Neila.

El coche de Guido Mazzoni era un «Fiat 1.500» de color negro. Observó el agente norteamericano que carecía de distintivos oficiales, mientras abría una de las puertas traseras para que entrara Neila. A continuación, tomó asiento junto a Mazzoni.

Embragando, comentó el policía italiano:

—Uno de mis hombres se encargará del equipaje—. Después de una pausa, agregó—: Lamento que nuestros automóviles resulten menos confortables que los que utilizan ustedes en su país.

Percibió Marc de nuevo el tonillo irónico *y* dijo:

—Perdone mi brusquedad, Mazzoni, pero si se lo parezco es para que sepamos desde el primer instante el terreno que pisamos, ¿de acuerdo?

El italiano arqueó las cejas, mirando fugazmente a Cavall.

—Me temo que no entiendo, Cavall.

—Mi nombre completo es Marcos Cavallini y, aunque tengo la nacionalidad norteamericana, la sangre que corre por mis venas es tan italiana como la suya, Mazzoni. Le ruego que deje los sondeos socarrones, y colaboremos sin reservas en este caso... al que no me presente voluntariamente. Supongo que nos sobrarán las

complicaciones.

Guido Mazzoni estuvo unos instantes silencioso, y luego sacudió la cabeza, sonriendo abiertamente.

—Nos entenderemos, Cavall.

—Ese es mi deseo. Mazzoni. Y puede dejar de esforzarse con el inglés, porque tanto Neila como yo hablamos italiano.

Otra vez rió Guido Mazzoni, asintiendo:

—Se lo agradezco. Me resultaría difícil mantener una conversación, a nivel técnico, en inglés.

Durante largo rato, condujo en silencio el policía italiano, y Marc se dedicó a admirar los monumentos históricos que desfilaban ante su vista. Génova le pareció una ciudad hermosa, aunque algo anticuada, la parte que estaban viendo.

El hotel fue del agrado de los dos recién llegados.

Neila subió a su habitación en seguida, y Guido Mazzoni acompañó a Marc a la suya. Una vez cerrada la puerta, comenzó el norteamericano a desvestirse.

—Podemos cambiar impresiones, mientras tomo una ducha, Mazzoni.

—Me parece bien.

Marc fue directamente al grano:

—¿Dispone ya de alguna pista?

El inspector italiano movió la cabeza, en sentido afirmativo.

—Es posible que el caso no resulte tan complicado como pareció a primera vista, Cavall.

—Puede llamarme Marc, Guido.

—De acuerdo, Marc. Y puesto que vamos a trabajar juntos, podemos empezar a tutearnos.

El norteamericano esbozó una sonrisa.

—Correcto, Guido. ;Cuál es la pista que tenéis?

—La investigación debe centrarse en torno a los miembros de una expedición al Kilimanjaro, que se llevó a cabo hace un par de años.

Marc arqueo las cejas.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Dos hombres han aparecido asesinados, en un corto espacio de tiempo. Existen infinidad de puntos análogos en ambas muertes. Todo hace suponer que los dos crímenes han sido cometidos por el mismo sádico asesino. Y los dos tomaron parte a esa expedición al Kilimanjaro. Además: una mujer de dudosa reputación, que se hallaba en compañía de Nelson Piff cuando lo mataron, y que igualmente resultó asesinada, no presentaba las horribles mutilaciones de los otros dos cadáveres.

Marc quedó unos segundos en silencio. Pensó que ya no tenía ningún objeto seguir ocultando la información recibida de su jefe, en

relación al guía nativo de la expedición.

—Sabes ya lo de Roscoe, ¿eh?

Ahora le tocó sorprenderse a Mazzoni.

—¿Roscoe...? ¿Quieres decir que también él ha muerto?

Marc asintió, moviendo la cabeza.

—Asesinado, en una fonda de Marsella. Hace un mes, que ocurrió y, según los informes recibidos, todo hace suponer que fue víctima de la misma persona que ha matado a Nelson Piff.

—Entonces, ya son tres los cadáveres, Marc —suspiró Mazzoni —. Gianni Bertucci murió asesinado ayer, cuando se dirigía a pasar un día de pesca. Su cuerpo todavía está en el depósito, por si deseas echarle un vistazo.

—¿Presenta las mismas heridas que Piff y Roscoe?

—Su cuerpo está destrozado como el de Piff. Incluso, con la consiguiente bolita negra, dejada sobre el cadáver. Eso parece una siniestra burla del criminal.

Marc acabó de desnudarse, frunció el ceño y pasó a la ducha, dejando la puerta entreabierta. Mazzoni permaneció junto al quicio y, cuando empezaba a caer el agua sobre el cuerpo del norteamericano, escuchó que este levantaba la voz, comentando:

—Presiento algo oscuro en todo este asunto, Guido.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé exactamente. Todo hace suponer que el criminal tiene la mente desquiciada. Sin embargo...

—No te escucho bien, Marc.

—Digo que presiento algo... tenebroso detrás de todo esto.

—¿Tenebroso...?

—Eso es.

—Bueno... —dijo Mazzoni, pasándose la diestra por el mentón —. Lo cierto es que los restantes miembros de aquella expedición están en peligro. Tengo sus nombres, y estamos tratando de localizarlos.

—Es una medida acertada, Guido.

—Mientras acabas de ducharte, voy a ponerme en contacto con mi oficina, por si han logrado averiguar algo al respecto.

—De acuerdo.

Marc acabó de tomar su ducha y, poco después, reaparecía en la habitación, con una toalla en torno a la cintura. Mazzoni había terminado de hablar por teléfono, y se giró, apremiándolo:

—Date prisa en vestirte, Marc.

—¿Qué ocurre?

—Marcel Peloux, el miembro francés de la expedición, nos aguarda en mi despacho.

Marc respingó, *y* comenzó a vestirse apresuradamente, mientras el

italiano iba explicando, algo excitado:

—Peloux puede facilitarnos los datos que precisamos para descubrir al asesino. Después de todo, no parece que vaya a resultar un caso tan complicado.

—No te hagas ilusiones, Guido. Soy desconfiado por naturaleza, y no sería la primera vez que un asunto semiconcluido, se enreda de forma insospechada al final.

Mazzoni sonrió.

—Todos los yanquis son tan pesimistas como tú, Marc.

—¿Pesimistas, los yanquis?

—Vamos, ponte la chaqueta de una vez.

Ambos policías salieron de estampida hacia la oficina de Guido, sin ni siquiera avisar a Neila Piff. Dieron por descontado que la joven necesitaría un buen rato para bañarse y descansar.

Veinte minutos tardó el «Fiat» en cruzar el tráfago de la ciudad y detenerse ante la comisaría de Mazzoni. Cuando llegaron a la oficina del inspector, informó uno de sus agentes:

—Marcel Peloux se marchó, inspector.

Guido Mazzoni pegó un mordisco al aire.

—¿Cómo que se marchó?

—Le dimos la dirección del hotel desde el que usted llamó, y aseguró que iría directamente a verlo.

Mazzoni apretó furiosamente los maxilares.

—¿Por qué diablos lo habéis dejado escapar?

—Peloux vino a vernos voluntariamente, jefe —se justificó, tragando saliva el agente—. Estaba muy preocupado, y mostró una gran urgencia en presentarse a usted.

—¿Mencionó que deseaba verme a mí... precisamente?

El agente se pasó la mano por los cabellos.

—Bueno... eso lo dijo después. Cuando fue informado de que usted llevaba el caso del norteamericano Nelson Piff.

Marc intervino, diciendo:

—Será mejor que regresemos al hotel cuanto antes, Guido. Aún podemos alcanzarlo allí.

CAPITULO VI

Neila Piff abandonó el baño, al escuchar que llamaban a la puerta de su habitación. Dio por descontado que se trataba de Marc, y procedió a secarse con rapidez. Segundos después, cruzaba el aposento, revistiendo una bata como única prenda.

Llamaron por segunda vez, en el momento en que ella abría.

Frunció el ceño, sorprendida al ver en el hueco a un individuo famélico, y de ojos hundidos, que la miraba insistentemente. Calculó Neila que no tendría más de veintisiete o veintiocho años y, sin embargo, su aspecto era el de un viejo. Tenía los cabellos completamente blancos, y las facciones pálidas, arrugadas...

—Usted debe ser la señorita Neila Piff, ¿verdad?

La muchacha le miró, recelosa.

—¿Quién es usted?

El hombre forzó una mueca que quiso ser sonrisa.

—El recepcionista me ha dicho el número de su habitación, señorita. Me llamo Marcel Peloux. y fui un buen amigo de Nelson.

Neila permaneció unos instantes, observándole, y finalmente acabó dando una cabezada.

—Mi hermano me habló en alguna ocasión de usted, señor Peloux. ¿Qué desea de mí?

—Estoy buscando al inspector Guido Mazzoni, señorita Piff. He llamado en la habitación del lado, pero nadie responde.

Neila arrugó el ceño, sorprendida.

—¿Está seguro?

—Nadie ha contestado a mi llamada, a pesar de haber insistido varias veces. —Peloux titubeó, antes de seguir diciendo—: Tengo necesidad urgente de hablar con el inspector Mazzoni. Puedo aclararle algunos puntos oscuros sobre la muerte de su hermano.

La chica le miró, interesada.

—¿Conoce usted la posible identidad del asesino?

—¡No...! —se apresuró a negar Peloux—. Eso... no puedo saberlo. Es algo demasiado monstruoso lo que puede estar ocurriendo, señorita Piff. Algo... sobrenatural.

En sus ojos había un miedo atroz. En sus palabras, en todos sus gestos, se advertía una gran agitación interior. Sus pupilas se movían constantemente, de un lado para otro.

Neila se hizo a un lado.

—Pase, señor Peloux —indicó, serena—. Pediré que suban un coñac doble porque presiento que lo necesita.

El francés vaciló unos segundos, pero acabó entrando.

—Gracias, señorita Piff.

Neila cerró la puerta, y se dirigió al teléfono, solicitando el coñac ofrecido a Peloux. Este había tomado asiento en un sillón, obedeciendo la muda invitación de la muchacha, y se estrujaba, nervioso, las manos. Observó ella cómo escrutaba todo los rincones de la habitación, y sonrió, tratando de infundirle confianza.

—Cálmese, señor Peloux. El inspector Mazzoni no tardará en regresar. En caso contrario, me lo hubiese dicho.

—Fui copiloto de Nelson varios años —comenzó a explicar el francés, sin que ella le preguntara—. No me separé de su lado hasta... hasta que regresamos de aquella maldita expedición.

—Nelson me habló de usted, en alguna de sus cartas. Me escribía como mínimo una vez al mes. Eso era antes de la expedición al Kilimanjaro. Luego... supongo que le afectó mucho lo ocurrido en la cumbre.

Peloux la miró, desorbitados los ojos.

—¿Usted sabe...?

—Que debió ser un suplicio para ustedes permanecer tantos días incomunicados, y en peligro de muerte —dijo Neila—. Aquello debió cambiar el carácter a Nelson.

Se volvió taciturno y hasta huraño. Nunca consintió que le habláramos de la tremenda experiencia pasada. No quiso decirnos nada de sus sufrimientos y... últimamente, ni siquiera escribía.

—Fue... algo horroroso —musitó Peloux, cubriéndose el rostro con las manos—. Jamás podré olvidarlo.

—¿Por qué no me lo cuenta todo, mientras esperamos al inspector Mazzoni, señor Peloux?

En francés vaciló, pasándose la punta de la lengua por los labios

resecos, y no tuvo tiempo de responder. En aquel momento sonaron unos discretos golpecitos en la puerta, y Neila autorizó la entrada.

Apareció un camarero, con la copa de coñac solicitada.

Marcel Peloux se puso de pie, apresurándose a coger la bebida que traía el camarero en la bandeja. La vació de un trago, sin andarse con protocolo. El empleado hizo una leve inclinación de cabeza, y abandonó la habitación.

Al quedar de nuevo solos, hubo un brillo mortecino en las huidizas pupilas de Peloux.

—Me estaba haciendo mucha falta, señorita Piff —murmuró—. Le ruego perdone mis toscos modales, y vuelvo a darle las gracias por su amabilidad. Nelson siempre decía que su hermana era encantadora.

Neila le miró aprensivamente.

Se abstuvo de manifestar que él daba la impresión de ser un hombre que estaba aguardando la llegada de la muerte, en cualquier momento. Todo su aspecto contribuía a crear esa macabra sensación.

—Me estaba diciendo que podría explicarme lo ocurrido mientras permanecieron bloqueados por la tormenta. señor Peloux.

—La escuché, señorita Piff —movió la cabeza en sentido afirmativo el francés—. Eso es, precisamente, lo que deseo relatar al inspector Mazzoni. Resido actualmente en Niza, y leí en los periódicos la muerte de su hermano, y sus extrañas circunstancias. Me llamó poderosamente la atención lo de... la esfera negra.

—Le escucho.

—Preferiría aguardar al inspector.

Hubo un momento de silencio, y finalmente accedió Neila:

—Está bien. Aprovecharé para vestirme, mientras tanto. Cuando usted vino, me hallaba en el baño.

Peloux no respondió, abstraído en sus propios pensamientos, que debían ser terribles, a juzgar por la expresión contraída, lívida, de su atormentado semblante.

Neila regresó al cuarto de baño, tras escoger un vestido de color rosado, del armario empotrado.

Marcel Peloux siguió en el sillón, con la mirada perdida.

De repente, volvió en sí, saliendo bruscamente de su abstracción, poique estaba sintiendo un fétido aliento, y muy próximo a su cuello.

Giró la cabeza, sobresaltado, y entonces vio a la tétrica figura que se inclinaba sobre él, contraído el horrible rostro en mueca sardónica y repugnante.

Peloux saltó en pie, aullando de terror.

Trató de echar a correr hacia la salida, pero la figura se movía con rapidez, interceptándole el paso. Al mismo tiempo, dejó escapar una risita rasposa, que hizo estremecer de pavor al francés.

La boca, de labios helados, se movió, y brotó una voz cavernosa:
—¿Por qué tanta prisa, Marcel?
—¡Luigi... no! —balbució Peloux, inmóvil, mirándolo con ojos desorbitados—. Ten compasión...
—Ha llegado tu turno, Marcel.
—¡Yo me opuse, Luigi! —chilló Peloux, lleno de espanto—. ¡Me opuse, con todas mis fuerzas!
—Pero acabaste accediendo, Marcel. La canallada la preparó el vil Roscoe, y vosotros fuisteis sus cómplices.
—Eso no... es cierto, Luigi.
—¿Denunciaste el caso a las autoridades, Marcel?
Peloux resolló, sintiendo que sus rodillas flaqueaban.
—No me lo hubieran permitido, Luigi.
—Fuiste tan cobarde como los otros, Marcel. Te faltó hombría, y por eso vas a morir.
—Acabarán por cogerte, Luigi.
La figura emitió una risa más fuerte que las anteriores, y el francés sintió que un gélido sudor le corría por la espina dorsal. Sabía que no iba a salir con vicia de allí.
En aquel instante, se abrió la puerta del cuarto de baño, y en el hueco apareció Neila.
La figura giró el horrendo rostro hacia ella.
Neila quedó paralizada, contemplando aquella espantosa visión, que tenía los vidriosos ojos fijos en ella. Se llevó la diestra a los labios, en ademán de súbito terror.
La espectral figura dio unos pasos, y Neila tuvo la suficiente serenidad para retroceder, intentando refugiarse en el cuarto de baño. Pero su pie se enredó, doblándose, y al caer se golpeó la cabeza contra el marco de la puerta.
Quedó tendida en el suelo, privada de conocimiento.
Marcel Peloux trató de ganar la salida desesperadamente, inundado todo su ser de un pánico cerval, que al mismo tiempo agarrotaba sus músculos, impidiéndole moverse con celeridad.
La figura llegó a su lado, y alargó el brazo, atenazándolo.
Peloux chilló, despavorido.
Toda su resistencia resultó inútil, ante la fuerza sobrenatural de aquella tenebrosa figura, que lo inmovilizó con suma facilidad, y clavó los dedos huesudos en su garganta.
El francés perneó, sintiendo que la vida se le escapaba.
El fétido aliento que se desprendía de la boca amoratada, le produjo una letal paralización.
Pero aún pudo sentir que unas uñas afiladas se clavaban, despiadadas, en su cuello.
Fue lo último que percibió, antes de que la muerte viniese, piadosa,

a librarlo de aquella espantosa pesadilla.

La figura introdujo una de las sarmentosas manos en el bolsillo, y extrajo otra esfera, que dejó sobre el cadáver de Peloux, después de depositarlo en el suelo.

—Es la tuya, Marcel.

Neila comenzó a moverse, recuperando el conocimiento.

La siniestra figura cruzó la habitación, aproximándose a ella.

La muchacha abrió, de pronto, los ojos, y vio, horrorizada, que las manos largas y huesudas se tendían, amenazadoras, hacia su cuello.

Quiso gritar, y la voz quedó ahogada en su garganta.

Los ojos alucinados de Neila permanecían clavados en los diabólicos rasgos del fantasma] ser.

Sonó una risita suave.

—Tu hermano fue una fiera sanguinaria, y tú vas a morir, por llevar su maldita sangre en las venas.

El cerebro de Neila se paralizó.

¡Aquello no podía ser cierto!

Sintió el fétido aliento contra su rostro, e intentó gritar nuevamente.

De su boca brotó, al fin, un prolongado alarido de terror, justo cuando las esqueléticas manos rozaban ya la suave piel de su cuello.

CAPITULO VII

La puerta de la habitación se abrió violentamente, empujada desde el pasillo, y los dos policías irrumpieron en el interior, con las pistolas empuñadas.

Cavall y Mazzoni se quedaron breves instantes sorprendidos, al presenciar la escena.

La siniestra figura se incorporó, emprendiendo una veloz huida, en dirección al cuarto de baño.

Guido Mazzoni no dudó en apretar dos veces consecutivas el gatillo, lanzándose en persecución de ella, mientras Marc acudía junto a Neila, arrodillándose a su lado.

Mazzoni penetró en el cuarto de baño, convertido en un huracán, convencido de que iba a encontrar en el suelo a un hombre herido. Bruscamente, se detuvo como si hubiese chocado contra una pared invisible, boqueando, asombrado.

Su mirada atónita giró en derredor.

Ningún lugar que pudiese ocultar a una persona. La ventana, tipo persiana, aparecía intacta, y era imposible que el tipo hubiese huido por allí.

¡Y sin embargo, el cuarto estaba vacío!

Rascándose la nuca, perplejo, regresó a la habitación, donde Marc ayudaba a Neila a incorporarse, y se la llevaba hacia un sillón alejado del destitulado cadáver de Marcel Peloux.

La muchacha temblaba convulsivamente, y trató de calmarla Marc:

—Tranquilízate, Neila. Ya pasó todo.

—¡Fue... horrible, Marc!

—Lo sé, muchacha, lo sé. Pero ahora tienes que hacer un esfuerzo y serenarte.

Ella le miró con ojos agrandados.

—Era... un ser repugnante, Marc.

Cavall dio suaves y torpes palmaditas en el hombro femenino.

—Nada vamos a conseguir, si te pones histérica, Neila. Procura calmarte, por favor. Guido y yo estamos aquí, a tu lado.

La chica realizó un visible esfuerzo, y paulatinamente empezó a dominarse. Cuando Marc consideró que casi lo había conseguido, levantó la cabeza, mirando a Mazzoni.

—¿Lo has cazado, Guido?

El policía italiano sacudió la cabeza, todavía perplejo.

—Se ha fugado.

—¿Cómo dices...?

—Que se ha volatizado, que ha desaparecido misteriosamente, maldita sea... Es como si se hubiese filtrado por la pared.

Marc le miró a los ojos, haciendo una mueca. Luego se incorporó y fue al cuarto de baño. Reapareció después de unos segundos, frotándose, pensativo, el mentón.

Mazzoni estaba examinando que los dos proyectiles salidos de su automática se hallaban alojados en la jamba del marco. Pasó los dedos por ellos en actitud dubitativa, frunciendo el entrecejo.

Junto a él, comentó Marc:

—Ha sido una lástima que ¿aliaras, Guido.

El italiano seguía mirándolo.

—¿A esta distancia? —inquirió, incrédulo—. No me considero un tirador de primera, pero, a esta distancia, soy capaz de vaciar el cargador entero en el cuerpo de un gato.

Marc ladeó la cabeza, interesado.

—¿Estás insinuando que le diste?

—Seguro.

El norteamericano señaló el suelo.

—No hay rastro de sangre, Guido.

Mazzoni estuvo unos segundos silencioso, y luego murmuró, como hablando consigo mismo:

—Tengo la impresión de que... las dos balas pasaron a través de su asqueroso cuerpo.

El agente norteamericano sonrió con acritud.

—Soy un tipo de ideas avanzadas, y no creo en fantasmas, Guido.

—¡Ni yo, maldita sea...! —estalló, furioso, Mazzoni—. Dame una explicación lógica del medio que utilizó el fulano para huir, Marc. Has examinado el cuarto de baño, lo mismo que yo, ¿no?

Cavall volvió a frotarse la barbilla, pensativo.

—Lo ignoro, Guido.

—¿Lo ves? Ambos hemos visto perfectamente que se introducía en el cuarto de baño.

—En efecto.

—Y sin embargo, se ha volatizado como por arte de magia. Ese fulano tiene extraños poderes, Marc.

Llamaron a la puerta repetidas veces, y el propio Mazzoni se encargó de ahuyentar al servicio, incluido al detective del hotel, que acudían por el estrépito de las detonaciones.

Neila rompió a llorar mansamente.

El italiano hizo una señal al otro policía.

—Es mejor que te la lleves a la otra habitación, Marc. Yo voy a telefonear para que venga el médico forense y el equipo de técnicos. Hay que pasarlo todo por la criba.

—De acuerdo.

Poco más tarde, abandonó Marc la estancia, llevando a Neila enlazada por la cintura. Antes de salir, observó que Mazzoni se

inclinaba sobre el cadáver, y lo examinaba atentamente, sin tocarlo.

El rostro desencajado del muerto expresaba el angustioso terror que debió sentir, en los últimos instantes de su vida. Los ojos parecían salidos de las cuencas, como al estuvieran contemplando algo que le producía un indescriptible pavor.

Todas las partes visibles del cuerpo, incluso las manos, estaban llenas de profundas rasgaduras. La vestimenta también se hallaba convertida en jirones.

Sin poderlo evitar, se estremeció Mazzoni.

—¿Por qué tuviste que abandonar la comisaría, Peloux?

Hizo una llamada telefónica, y tan sólo diez minutos después, llegaron varias personas precedidas del clásico ulular de sirenas. Mazzoni los dejó haciendo su trabajo, y fue a la otra habitación.

Un brandy, solicitado por Marc, había devuelto parte de color a las mejillas de Neila, que se sentaba en un sillón, ya más calmada. Pero con un extraño rictus de preocupación en el semblante.

—¿Se ha serenado, señorita Piff?

—Sí, inspector —murmuró Neila, con un hilo de voz—. Fue como una pesadilla horrenda.

—Lo comprendo. ¿Se encuentra en condiciones de respondernos a unas preguntas?

Marc se adelantó a la chica, explicando:

—Neila estaba en el baño cuando llamó Peloux, Guido. Pensó que éramos nosotros, pero se encontró frente a Peloux. Dijo que era un gran amigo de Nelson, y que tenía algo muy importante que contar a la policía. Ella le dejó entrar, y como el francés se resistía a hablar sin estar tú presente, decidió regresar al cuarto de baño y vestirse. Ya terminaba cuando le pareció escuchar rumor de lucha en la habitación, y salió, extrañada. Entonces vio por primera vez a esa tétrica persona. Intentó regresar al baño, y encerrarse en él, pero tuvo la desgracia de resbalar y golpearse la cabeza. Cuando recuperó el conocimiento, vio a ese tipo inclinado sobre ella, pretendiendo aferraría por el cuello.

Tras un pequeño inciso, terminó el joven:

—Afortunadamente, llegamos a tiempo de escuchar su grito.

Hubo un largo silencio en la estancia, después de las concisas explicaciones de Marc, y lo rompió Mazzoni preguntando:

—¿Podría describir a ese sujeto, señorita Piff?

La muchacha movió la cabeza afirmativamente, pero tardó un poco en comenzar a decir:

—Era un ser repelente. Parecía un esqueleto apenas cubierto por una leve capa de carne amarillenta. Tenía... un rostro anguloso y lleno de horribles cicatrices. Despedía un aliento pestilente, nauseabundo... Me amenazó de muerte, por ser hermana de Nelson.

Mare respingó.
—¿Dijo eso?
—Su voz era profunda, y parecía rascar en algo metálico... Dijo que mi hermano fue un vil canalla, y yo iba a morir, por llevar su maldita sangre en mis venas.
Ahora fue Guido Mazzoni el que preguntó:
—¿Hablaron Peloux y él? Quiero decir, si pudo escuchar algo coherente. Alguna palabra suelta...
Neila arrugó la frente, haciendo un esfuerzo mental.
—Sí..., creo recordar que Marcel Peloux gritó un nombre.
Los dos policías cambiaron una mirada por encima de la muchacha, y Marc le cogió una mano entre las suyas.
—Procura recordarlo, Neila. Necesitamos el mayor número de datos posibles para tratar de identificarlo. Sé que te hace daño recordar, pero es completamente necesario, ¿lo comprendes?
—Sí, Marc.
—Intente acordarse del nombre, señorita Piff —pidió Mazzoni—. Eso puede ser importante.
—Era un nombre italiano... Dijo... Luigi, eso es. Peloux le llamó varias veces Luigi.
Mazzoni frunció el ceño, mirando fijamente a la joven.
—¿Está segura? Puede ser otro nombre parecido...
—No —le atajó, hablando con firmeza Neila—. Estoy segura de que le llamó Luigi. Cuando escuché rumor de voces, creí que habían regresado ustedes, y presté atención unos segundos. Peloux pronunció ese nombre, y a continuación empezaron a luchar.
El inspector de policía quedó silencioso.
Marc levantó la cabeza, mirándolo.
—Eso que estás pensando es absurdo, Guido.
—El único miembro de la expedición que murió en el Kilimanjaro se llamaba Luigi Trento —bisbiseó Mazzoni—. Resulta una casualidad demasiado macabra.
—Olvida eso, Guido —dio un manotazo al aire Marc—. El cadáver de Luigi Trento no ha podido descender de las nieves. Nadie regresa de las tinieblas del Más Allá. A menos que...
En el rostro del italiano se plasmó un súbito gesto triunfal.
—¡Exacto, Marc! —exclamó, jubiloso—. A menos que no muriese realmente, y sus amigos le abandonaran, creyéndolo muerto, ¿no?
—Es una posibilidad —convino Cavall—. Pero... ¿cómo pudo salir con vida Luigi Trento, si sus compañeros le abandonaron en la cumbre? Dicen que la temperatura descendió extraordinariamente.
Mazzoni le apuntó con el índice.
—Pero si los otros le abandonaron, y Luigi consiguió escapar milagrosamente... ése puede ser un motivo para lo que está haciendo,

¿no? Debe odiarlos, con toda su alma.

—Reconozco que puede ser el móvil, Guido. ¿Has pensado en que se te escapó en la habitación del lado?

Mazzoni imprecó entre dientes:

—No me lo recuerdes, maldita sea —se pasó la mano por los cabellos, y agregó—: De momento, todo esto no tiene pies ni cabeza. Hay que continuar buscando a los que faltan.

Se estableció un nuevo silencio, y Neila apretó con fuerza la mano de Marc.

—Tengo mucho miedo, Marc —susurró—. No quiero volver a quedarme sola. Presiento que ese asesino monstruoso regresará a buscarme.

Cavall advirtió el profundo escalofrío que sacudió a la muchacha, y le palmeó suavemente el hombro.

—«No me alejaré de ti, Neila. Ese criminal no podrá hacerte ningún daño, en adelante.

Llamaron a la puerta, y apareció uno de los agentes de Mazzoni.

—Hay noticias, jefe.

El inspector mascullló, malhumorado:

—¿Esperas que te aplauda para empezar a soltarlas. Manfredo?

—Jefe...

—¡Suéltalas de una vez, diablos!

—Silvio ha conseguido localizar a Aldo Puzzo, y lo lleva camino de su despacho.

Mazzoni dio un salto y, dirigiéndose apresuradamente a la salida, ordenó:

—Comunícate con Silvio y dile que, si deja escapar a Puzzo, le corto la cabeza. ¿Vamos, Marc?

Cavall le siguió, llevando consigo a Neila.

Aldo Puzzo, otro de los miembros de la condenada expedición, podía arrojar luz al impenetrable enigma.

CAPITULO VIII

La carretera era sinuosa y estrecha. Los cerrados virajes obligaban al agente Silvio Correggio a centrar toda su atención a la conducción del vehículo para evitar salirse del asfalto.

En el asiento posterior, Aldo Puzzo presentaba un rostro pálido, y su labio inferior se movía a intervalos, en irreprimible tic nervioso, después de leer los periódicos que se hallaban junto a él.

En ellos se relataba, con minuciosidad morbosa, el extraño asesinato de Gianni Bertucci, y la rara coincidencia en los detalles con el acaecido días antes, en la persona del famoso *play-boy* norteamericano, Nelson Piff. Algo desconcertante para los periodistas.

También se mencionaba en los diarios que un negro llamado Roscoe había muerto, un mes antes, en una fonda de Marsella. Dadas las circunstancias coincidentes, se sugería que los tres crímenes fueron realizados por la misma persona.

El cronista terminaba alertando a los lectores contra un loco sádico, que andaba suelto por aquella parte del mundo, y recriminaba a la policía el no haberlo detenido todavía.

El agente Correggio echó una ojeada por el retrovisor.

—¿Ya terminó de leer, Puzzo?

—Sí.

—Habrá comprendido que le conviene soltar la lengua cuanto antes, ¿no? Mi jefe le está esperando, y es el encargado de la investigación. Si usted le ayuda, montará un buen sistema de seguridad en torno a su persona, y nada le ocurrirá. Después de todo, ha tenido suerte de que yo le descubriera en ese pueblucho.

Dominado por un repentino miedo cerval, que se iba apoderando de su persona, se limitó a murmurar Puzzo:

—Es inaudito...

—¿Qué es inaudito, Puzzo? ¿Acaso los periódicos no llegan a ese pueblucho?

—No me refería a eso —sacudió la cabeza Puzzo—. Pero... últimamente, vivo alejado de la civilización. Compré una casita en la montaña, y rara vez bajo al pueblo.

—Ya.

—¿Sabe si están a punto de atrapar al asesino?

Correggio encogió los hombros.

—Eso es cuestión del inspector Mazzoni. El mismo se lo dirá, dentro de un rato, Puzzo.

—Pero... hace un mes que mató a Roscoe.

—En efecto —asintió el agente de policía—. Es posible que su declaración aporte luz a la materia gris que tiene mi jefe en el cerebro.

—¿Por qué mi declaración?

—Eso será mejor que se lo pregunte a él cuando le vea, Puzzo. Mi orden es protegerlo hasta que estemos delante de él.

Aldo Puzzo insistió, tras un breve silencio:

—Usted sabe algo más, agente.

—Es posible, pero me lo callo —reconoció Correggio—. Barrunto que se está cociendo un guiso pestilente, y nada más. Que lo averigüe el inspector Mazzoni, que para eso cobra más que yo.

Un tramo recto en la carretera le permitió un respiro.

Y de repente, se aferró con ambas manos al volante porque el coche se vencía con fuerza a la derecha.

Correggio no escuchó el estallido del neumático, pero reaccionó

como todo conductor experimentado, ante el reventón de una rueda delantera. Nada de pisar el freno y procurar mantenerse en la carretera, sujetando el volante fuertemente.

El vehículo bandeó con peligrosidad, ocupando todo el asfalto durante un trecho que al policía le pareció eterno.

Vio el árbol que se proyectaba hacia el radiador y, olvidando todas las enseñanzas, pisó a fondo el freno. Sintió un golpetazo en la frente, y se hundió en un pozo de insondables tinieblas.

En el asiento posterior, Aldo Puzzo salió impulsado hacia adelante, y el mullido respaldo delantero Amortiguó su impacto. Volvió a caer sentado en el mismo sitio, cubierto de frío sudor el lívido rostro.

Permaneció largos segundos en aquella postura, incapaz de realizar el menor movimiento.

Cuando al fin logró reaccionar, descendió con torpes movimientos del vehículo, y se aproximó, vacilante, a la parte delantera. Abrió la portezuela, y se inclinó sobre el agente Correggio.

Este se encontraba de bruces sobre el volante, haciendo sonar insistentemente el claxon. Lo echó hacia atrás Puzzo, comprobando que mostraba una brecha, sangrando aparatosamente en la frente. Una herida que era escandalosa, pero no parecía grave, a simple vista. Sacando un pañuelo del bolsillo, intentó Puzzo restañar la sangre que no dejaba de manar.

Y quedó petrificado en aquella postura, al escuchar una voz sardónica y conocida a su lado:

—¿Necesitas ayuda, Aldo?

Se giró, blanco como la cera, acentuándose el tic nervioso que ridiculizaba sus facciones.

Desorbitando los ojos, exclamó:

—¡Luigi...!

—Veo que me reconoces, a pesar de las cicatrices, Aldo —se mofó la tétrica figura—. Siempre es un consuelo el saber que no has podido olvidarme.

Puzzo se llevó las manos a la boca, conteniendo a duras penas el aullido que pugnaba por brotar de su paralizada garganta. Después de unos segundos bisbiseó:

—¡Es... imposible!

—¿Porque tú viste cómo me destrozaban, con sus afilados dientes, aquellos lobos, Aldo? —la figura tendió una de sus sarmentosas manos, y señaló los periódicos que habían quedado sobre el asiento—. Ellos cuatro también dijeron lo mismo. El último ha sido Marcel, aunque tú no lo sabes aún. Serás el quinto de la lista, Aldo.

—No, Luigi, yo...

—Tú también fuiste un canalla, Aldo, lo mismo que los otros —cortó la figura, con su voz profunda y rasposa—. Y vais a morir uno a uno,

como debe ser.

De pronto, empezó a acercar las largas manos al cuello de Puzzo, y éste se encogió, temblando contra la plancha del coche.

El aliento pestilente azotó su rostro.

Los dedos fríos como el hielo rozaron la piel de Puzzo, que siguió temblando en convulsos estremecimientos, incapaz de defenderse, a pesar de saber que iba a morir. Los dedos comenzaron a oprimir lentamente.

Los ojos de Aldo Puzzo se agrandaron de forma inverosímil, a^ punto de salirse de sus órbitas, y el desgraciado abrió las fauces, intentando llevar un poco de aire a sus doloridos pulmones.

Atenazó con ambas manos las muñecas huesudas, y notó que estaban heladas como las nieves del Killimanjaro.

Ya no tuvo dudas respecto al lugar de procedencia de aquella vengadora figura.

Y el propio terror infinito a lo infrahumano paralizó sus miembros, haciéndole desistir de cualquier tipo de resistencia que, por otra parte, hubiese resultado inútil frente a la fuerza descomunal de la «cosa» que reía, sardónica, mientras lo remataba.

Sintió como entre brumas un lacerante desgarro en el cuello. Después... el fin.

Silvio Correggio comenzó a moverse, y la figura estuvo unos segundos observando el cadáver de Aldo Puzzo, caído junto a la rueda delantera del vehículo. La vidriosa mirada despidió un destello opaco, al inclinarse para dejar otra esfera negra sobre el mutilado cadáver.

—La tuya, Aldo.

Correggio abrió los ojos en aquel instante, y creyó ver que algo se esfuminaba en el aire, junto a unos árboles. Sacudió la cabeza, achacándolo al tremendo golpe recibido en la frente.

Quiso incorporarse, y cayó otra vez desvanecido.

CAPITULO IX

El inspector Guido Mazzoni crispó los maxilares.
—Eres un perfecto imbécil, Correggio.
El agente, vendada provisionalmente la cabeza, dedicó una ceñuda mirada a su jefe.
—Verá, jefe..., todo comenzó al reventar la rueda delantera del coche.
—¿Qué reventón ni qué niño muerto, Correggio? —estalló, colérico, Mazzoni—. ¿Acaso me tomas por idiota? Los cuatro neumáticos estaban intactos, maldita sea.
—Pues yo creí *que...* —empezó a murmurar, perplejo, Correggio—. Sentí un brusco tirón...
Mazzoni le hizo callar, gesticulando furioso, con ambas manos.
—Veinticuatro tirones te voy a dar yo, si vuelves a fallarme en otra ocasión, sietemesino. ¿Para qué creéis que os paga el Gobierno? ¿Para presumir de placa con las chavalas?
Se encontraban en el despacho de Guido Mazzoni, y Marc avanzó, poniendo una mano en el hombro del inspector.
—Mejor será que lo tomes con calma, Guido. Nada vas a conseguir, desgañitándote con este muchacho.
Correggio le lanzó una mirada de agradecimiento y, acto seguido, se tocó el vendaje mimosamente, al tiempo que componía una mueca de dolor. Anhelaba salir de allí cuanto antes.
Mazzoni cabeceó, señalando la salida.
—Anda, y que te curen como Dios manda, Correggio. Te espero dentro de una hora, con un informe detallado.

El agente no se hizo repetir la orden, y salió de estampida.

Guido Mazzoni se giró hacia Marc y Neila, que también se hallaba presente, dejando escapar un resoplido.

—Ya sólo quedan dos supervivientes de la endiablada expedición. Berto Coloma y Sandro Labriola.

Marc Cavall chasqueó la lengua.

—Habría que dar con ellos, antes que el asesino.

—Tengo a todos mis hombres trabajando en el caso, Marc. Están removiendo cielo y tierra, en su busca. Pero barrunto que ese Luigi Tiento o la persona que lo suplanta, se nos adelantará.

Marc dio unos pasos por el despacho.

—Si remata su labor, ya podemos despedirnos de él. Desaparecerá, y será muy difícil descubrirlo.

Mazzoni apretó los labios, rabioso, y así permaneció unos instantes. De pronto, reparó en Neila, y pidió, contrito:

—Perdone, señorita Piff. Con tanto ajetreo, nos hemos olvidado del

cadáver de su hermano.
La muchacha forzó una tenue sonrisa.
—Una empresa de Nueva York se ha encargado de eso, inspector. No tienen que preocuparse por los trámites.
Mazzoni se pasó la mano por el rostro, y titubeó:
—Tendrá que identificarlo, señorita Piff. Créame que lo siento, pero es una rutina necesaria, sin la cual no puede retirarse el cuerpo del depósito.
El rostro de Neila palideció visiblemente.
Percatándose de ello, terció Marc:
—¿No puedes arreglarlo de otra forma, Guido?
El inspector se rascó, pensativo, la nuca.
—Lo intentaré. Lo malo es que el jefe-médico del depósito es un tío difícil de convencer. De todas formas, luego veré lo que se puede hacer para evitarle el mal trago.
—Gracias, inspector.
En la puerta sonaron unos golpecitos suaves, *y* en seguida se abrió, asomando por ella un tipo obeso, en mangas de camisa.
—Han localizado a Labriola, inspector.
Mazzoni soltó un respingo.
—¿Dónde?
—Es doctor, *y* ejerce en Tortana.
Marc acudió junto a Mazzoni.
—¿Dónde está eso, Guido?
—Demasiado lejos para ir en coche, con la rapidez que deseamos. Es un pueblo del interior. —Mazzoni apuntó al agente obeso con el índice extendido—. Pídeme un helicóptero con prioridad absoluta, y luego te pones en contacto con la policía de Tortana. Quiero que protejan a Labriola como si fuera el presidente de la República Lo quiero vivo, cuando llegue a su lado, ¿entendido?
—Sí, jefe.
El agente desapareció, y Mazzoni se giró a Neila.
—Tendrá que quedarse aquí, señorita Piff. Lo lamento, pero no hay plaza para usted en el helicóptero.
Neila miró, temerosa, a Marc.
—No quisiera permanecer sola —musitó—. Esa horrible figura aseguró que acabaría conmigo.
Marc alargó las manos, sujetándola por los hombros.
—Puedes quedarte aquí, Neila. Estarás segura.
—Si desea regresar al hotel, la haré custodiar por dos de mis hombres —sugirió el inspector Mazzoni—. Ordenaré que no se separen de usted, bajo ningún pretexto, señorita Piff.
—Me parece una excelente idea —convino Marc—. Así podrás descansar, mientras nosotros vamos a Tortana, Neila.

La chica inclinó la cabeza, dubitativa, y Marc le sujetó la barbilla con los dedos, obligándola a mirarlo.
—No tienes nada que temer, Neila —sonrió, infundiéndole ánimos—. Debes ser valerosa, muchacha.
Neila también sonrió, aunque muy débilmente. Sus verdes ojos expresaban, con claridad, el miedo atroz que la atenazaba.

* * *

Con su rítmico y sonoro aleteo, el helicóptero sobrevolaba Tortana. El policía norteamericano estaba observando que se trataba de un pueblo relativamente importante, cuando dijo Mazzoni:
—Cada vez estoy más convencido de que Luigi Trento vive.
Marc había permanecido en silencio casi todo el viaje. Meditaba sobre un punto que le obsesionaba desde hacía horas. Al hablar Mazzoni, respondió:
—Sus compañeros le abandonaron, y Luigi Trento ha decidido vengar la canallada.
—Eso es lo que digo, Marc.
—Sin embargo...
—¿Qué?
—Si lo dieron por muerto, no puede considerarte una canallada.
—Debieron cerciorarse de que realmente estaba muerto, antes de abandonarlo —dijo Mazzoni—. No debieron hacerlo así, y ésa es la razón por la cual se está vengando Luigi.
Después de un breve silencio, y cuando el helicóptero comenzaba a descender sobre la ciudad, murmuró Cavall:
—No lo creo.
Mazzoni se giró, extrañado.
—¿Qué es lo que no crees?
—Que las cosas ocurrieran así, Guido.
—Oye, Marc...
—Supón que sus amigos lo abandonaran de verdad, creyendo que estaba muerto —fue diciendo despacio Cavall—. Por lo menos, Luigi Trento debía encontrarse enfermo o mal herido, ¿no?
—También pudo perderse en aquella tormenta, y los otros llegaron a la conclusión de que Luigi había encontrado la muerte, a causa de cualquier alud que sepultara su cuerpo.
—Aun así. El caso es que todos los miembros de la expedición fueron rescatados en precaria situación, después de más de veinte días de bloqueo. Y Luigi quedó sólo en la cumbre del Kilimanjaro. Vivo, moribundo o muerto.
Mazzoni asintió, sin comprender adónde quería llegar Cavall, y prosiguió éste:

—¿Quieres explicarme cómo pudo descender un hombre solo, y por sus propios medios, de la cumbre?
—Eso ya lo hemos hablado —masculló el italiano—. Alguien pudo socorrerlo.
—¿Después de la tormenta más intensa de los últimos veinte años? Ni hablar, Guido.
—¿Quieres dejarte de rodeos, diablos?
—Luigi debió morir realmente, Guido.
—No me digas —bromeó Mazzoni—. ¿Y quién está ocupando el puesto di juez y verdugo?
—Eso es lo que tenemos que averiguar.
—Ten en cuenta que Peloux le identificó como Luigi, según asegura haber escuchado Neila.
—El maquillaje puede hacer milagros, Guido. Cualquiera puede caracterizarse como Luigi Trento, y hacerse pasar por él. Sobre todo, si eso causa un abyecto terror a las víctimas.
—Neila lo describió con un rostro cadavérico, siniestro, lleno de horribles cicatrices.
—Insisto en lo del maquillaje. Además. Neila se hallaba bajo una fuerte impresión.
Mazzoni quedó pensativo unos segundos. Luego compuso una mueca.
—De acuerdo. Si damos por sentado que Luigi Trento murió, ¿quién sería el principal sospechoso para ti, Marc?
El joven encogió los hombros.
—No lo sé. Posiblemente, uno de los dos supervivientes.
—¿Y dónde encaja el ensañamiento?
—En que el quid de la cuestión está relacionado, sin duda alguna, con algo que debió ocurrir en el Kilimanjaro. En mi opinión, es lo que debemos sacar al doctor Labriola, Guido.
Mazzoni hizo un gesto ambiguo.
—Esperemos que, en esta ocasión, no se nos escape entre las manos, y pueda contarnos lo sucedido.
El helicóptero tomó tierra, posándose suavemente en un prado próximo a una carretera, donde ya aguardaba un coche.
Del vehículo descendió un tipo alto y de pómulos salientes, que alargó la diestra, al aproximarse Mazzoni.
—Jefe de puesto, Birolli —se presentó a sí mismo—. Supongo que usted es Mazzoni.
El inspector dio una cabezada afirmativa, y fue directamente a lo que le interesaba:
—¿Tienen protegido a Labriola, Birolli?
—Envió a su casa tres de mis hombres, inspector.
—Muy bien. Llévenos cuanto antes allí, Birolli.

CAPITULO X

—Deberías avisar a la policía, Sandro.

Sandro Labriola dio un manotazo al aire, dirigiendo una mirada despectiva a su joven esposa.

—Sé cuidarme solo, Gina; no insistas.

—Todo es demasiado terrible, Sandro. No podrás defenderte de ese criminal.

Labriola palpó la negra culata que sobresalía del revólver metido entre la camisa y el pantalón. Al hacerlo, dejó escapar una risita de seguridad en sí mismo.

—Que se atreva a venir.

—Vendrá, Sandro. Si asesinó a los otros, también querrá acabar contigo. Tú mismo lo has dicho.

El doctor Labriola lanzó una especulativa mirada a su esposa.

—Lo mejor será que vayas unos días a casa de tu madre, Gina. Tendré más libertad de movimientos, si me quedo solo. Ese criminal acabará su carrera en mis manos.

—Pero... ¡si ni siquiera sabes de quién se trata!

—Lo imagino. Tiene que ser un familiar de Luigi. No existe otra explicación lógica. Debe suponer que nosotros fuimos culpables de aquella muerte, y por eso la está vengando.

Un pesado silencio gravitó sobre el matrimonio. Finalmente, lo rompió Gina, preguntando:

—¿Qué ocurrió en realidad, con Luigi Trento, Sandro? Nunca has querido decírmelo.

El esposo la miró, repentinamente hosco.

—Lo sabes —farfulló, brillante la mirada—. Se perdió en la tormenta, y no pudimos encontrarlo. Quizá debimos seguir buscándolo, pero resultó imposible, en aquellas condiciones.

Gina le miró fijamente al fondo de los ojos.

—¿Estás seguro de que fue eso, Sandro?

Labriola apretó, rabioso, las mandíbulas.

—¿Vas a dudar de mi palabra, Gina?

Las mejillas de su esposa enrojecieron, y acabó inclinando la cabeza sumisamente.

—Perdóname, Sandro —musitó—. Tengo los nonios a flor de piel.

El se le aproximó, cogiéndola por los hombros; y deponiendo su actitud ceñuda, insistió suavemente:

—Debes irte unos días con tu madre, Gina.

—No, Sandro. Quiero estar a tu lado.

Labriola tardó unos segundos en volver a hablar. Luego asintió, palmeando el hombro de su joven y bella esposa.

—De acuerdo, Gina. Pero tienes que dominar los nervios, ¿comprendes? No me beneficias en absoluto, mostrándote histérica.

—Sí, Sandro.

Minutos después, se marchó Gina a la cocina, y Sandro Labriola quedó solo en el salón de su residencia, situada en las afueras de Tortana. Sobre una mesita, había unos periódicos, que diariamente recibía de Genova. Los tenía muy leídos.

De todos los expedicionarios, Labriola fue el menos afectado por lo ocurrido en la nevada cubre del Kilimanjaro. Su condición de cirujano le hacía estar familiarizado con los sufrimientos del cuerpo humano y sus innumerables miserias.

Tardó cuarenta días en reponerse físicamente y unos tres meses en olvidar casi por completo el horrendo hecho acaecido en aquellos momentos de desesperación. Después, contrajo matrimonio con Gina, y se estableció en Tortana. Un pueblo tranquilo, apacible, donde podría ejercer su carrera, lejos de las aglomeraciones de la gran ciudad.

Cumplió fielmente el juramento que hicieron los siete supervivientes, de ocultar lo sucedido.

Cuando comenzaron los asesinatos, y leyó las extrañas circunstancias, tuvo cierta preocupación varios días. En los primeros instantes, incluso un poco de miedo se apoderó de él.

Luego se sobrepuso.

Ningún muerto regresa del Más Allá, a vengar su propia muerte. El único misterio lo constituía la esfera negra depositada sobre las víctimas. Pero lo achacó a que alguno se había ido de la lengua. Tenía licencia de armas, y ya no se separó ni un instante del revólver calibre 38, que compró en uno de sus frecuentes viajes a Génova.

Abstraído en sus pensamientos, se llevó un sobresalto al escuchar un golpe en la cocina. Un utensilio parecía haber resbalado de las manos de su esposa.

—¡Gina...!

Nadie respondió a pesar de hallarse entreabierta la puerta.

Fruncido el ceño, se incorporó, yendo hacia la cocina.

Empujó la hoja de madera, y entonces sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Sacia apenas media hora que se habían levantado, y Gina llevaba aún la leve bata transparente. Mejor dicho: ya no la llevaba puesta. La prenda había caído al suelo," y sobre ella se encontraba su esposa, con el hermoso cuello grotescamente torcido.

Impresionaba ver aquel cuerpo lleno de exuberante vitalidad, unos minutos antes... fláccido y contorsionado, ahora. Como una bonita muñeca de trapo, rota.

Pero impresionaba infinitamente más la tétrica figura que sonreía,

sardónica, al otro lado del desnudo cadáver.

Labriola movió los labios, atónito.

—¡Luigi...!

—Exacto —afirmó la figura, con su peculiar voz—. Luigi, que ha venido a cobrar su cuenta, Sandro.

Labriola era hombre capaz de dominar sus emociones. No obstante, aquello sobrepasaba todo lo previsible, y permaneció largos segundos alelado, sin capacidad de reacción.

La tétrica figura sonreía, aguardando.

No tenía prisa.

Súbitamente, recordó Labriola el revólver insertado en el cinturón, y empuñó la culata, tirando de él precipitadamente. De la boca de labios amoratados se escapó una áspera carcajada.

—¿Otra vez quieres matarme, Sandro?

—¡Tú no eres Luigi, maldito! —rugió Labriola, terminando de extraer el arma. Apuntó, sin temblarle el pulso, a la figura, y masculló —: Ahora vas a quitarte la máscara.

De nuevo sonó la risita, en tono irónico.

—¿Quieres ver las profundas cicatrices que dejaron los colmillos de los chacales, Sandro?

El dedo índice de Labriola comenzó a crisparse sobre el gatillo.

—¡Quítate la máscara!

—Ven a mi lado, y quítamela tú mismo. Sandro.

Pero Sandro Labriola fue incapaz de dar un paso hacia adelante. Antes al contrario, retrocedió precavidamente al iniciar la figura su propio avance en dirección a él.

Levantó el revólver, apuntándole a la cabeza.

De repente, sonó un estampido, y Sandro Labriola comprobó, estupefacto, que la sardónica risa continuaba plasmada en el desfigurado semblante de Luigi Trento.

El terror comenzó a subir por todas sus fibras, en dirección al cerebro. Estaba completamente seguro de haber acertado en aquella horrorosa cabeza. Sin embargo, el rostro seguía intacto, en su pavorosa expresión amarillenta, sin vida.

El espectro alargó ambas manos.

—¿Te convences, Sandro? Ningún daño puedes causarme ya.

Labriola retrocedió aún más, mientras vaciaba el cargador del revólver con frenética precipitación, negándose a creer lo que sus propios ojos veían.

Dos balazos abrieron oscuros orificios en el cuerpo de la espantosa figura, y entonces fue cuando se desencajó, despavorido, el rostro del doctor. Todo su ser se estremeció.

¡De los orificios no manaba sangre!

¡Y la figura seguía avanzando, imperturbable!

Los labios de Sandro Labriola se movieron, murmurando palabras incoherentes, de infinito asombro.
Una de las sarmentosas manos rozó su piel, y el doctor emitió un prolongado chillido, iniciando la huida.
Corrió, atravesando el salón, sin dejar de chillar, despavorido.
La fantasmal figura se deslizó, alcanzándole sin ninguna dificultad, y de nuevo las huesudas manos, de largas y afiladas uñas se aproximaron al trémulo cuerpo de Labriola. Este se dejó caer de rodillas, sollozando entrecortadamente.
—Piedad. Luigi..., piedad...
Escuchó la risa profunda y áspera, junto a su oído.
—¿Insistes en que me quite la máscara, Sandro?
—¡Yo no quería, Luigi! —comenzó a gritar el doctor, al borde de la histeria—. Permanecí todo el tiempo en silencio, mientras ellos lo planeaban todo. Fue Roscoe...
—Roscoe, solo, nada hubiera podido, frente a vosotros.
—¡Yo no podía ser el único en oponerme, Luigi! ¡Tienes que comprenderlo y perdonarme!
El espectro .asintió, inclinado sobre el cuerpo tembloroso de Labriola, que, a cada instante, se encogía más y más, apartándose de las heladas manos que ya acariciaban su piel.
—Lo comprendo, Sandro, pero tienes que morir.
—¡Nooo...!
Los dedos flacos, pero fuertes como el acero, atenazaron con súbita furia el cuello de Sandro, cortando de raíz el alarido que empezaba a brotar, incontenible, de su garganta.
—Será mucho más sencillo que lo mío, Sandro.
Labriola se retorció hacia atrás, moviendo las piernas en mortales estertores y, curiosamente, su cerebro pensó que debió hacer caso a Gina, y avisar a la policía.
Su último pensamiento.

Cuando las afiladas uñas comenzaron a desgarrar su torso, Sandro era ya un cadáver.

Minutos después, la tétrica figura repetía, con el doctor, la operación de depositar la esfera oscura sobre su destrozado pecho.

Invariablemente, murmuró:

—La tuya, Sandro.

CAPITULO XI

Guido Mazzoni cruzó el salón a grandes zancadas, después de haber estado varios minutos examinando el cadáver de Sandro Labriola. Se detuvo en la puerta de la cocina, y contempló el de la hermosa joven Gina. En repentino acceso de furia, descargó un puntapié contra una silla, que salió volando.

—¡Maldita sea...!

A su lado, sacudió la cabeza Marc Cavall.

—Rompiéndote una pierna no lo vas a solucionar, Guido.

—¿Es que esa diabólica mente criminal se encuentra en todas partes, infiernos? —barbotó Mazzoni, exasperado—. Es que siempre tenemos que llegar tarde, maldita sea mil veces?

Uno de los agentes enviados por Birolli a causa de los Labriola se encontraba clavado en el centro de la sola, y volvió a repetir, apesadumbrado:

—Nos dirigimos hacia aquí, sin pérdida de tiempo. Llamamos a la puerta, y nadie respondió. Como las órdenes eran concretas, decidimos forzar la cerradura y, al entrar, nos encontramos con este espeluznante cuadro. Eso fue todo lo sucedido, inspector Mazzoni.

Cuidó clavó en él una hosca mirada.

—Empiezo a sospechar que nunca sabremos realmente lo ocurrido aquí.

El agente no comprendió muy bien lo que quería decir el inspector de Génova, y murmuró apagadamente:

—No pudimos impedir...

Mazzoni le atajó, dando un brusco manotazo al aire.

—Está bien, puede largarse —después se giró al silencioso Birolli, y dijo con sequedad—: Usted se encargará del forense y todo lo demás, Birolli.

—De acuerdo.

—Diga al forense que no practique la autopsia. Es posible que reclamen el cadáver desde Génova. Me refiero al de Labriola.

Birolli asintió de nuevo.

—Lo que usted ordene, Mazzoni.

Cavall dejó de inspeccionar todos los rincones, en busca de alguna pista, y penetró en la cocina. Un minuto más tarde, llamaba:

—Ven a echar un vistazo, Guido.

Mazzoni fue hasta donde se hallaba Cavall, que en aquellos momentos observaba los proyectiles incrustados desperdigadamente en los armarios de madera de la cocina.

—Por lo profundos que están, Labriola debió disparar a corta distancia.

—Y por mal tirador que fuese, debió acertar, ¿no?

—Exacto.

El italiano soltó un resoplido.

—Para volverse loco, vaya.

—Presiento que estamos llegando al final, Guido.

—¡Seguro que si! —exclamó, sarcástico, Mazzoni—. Sobre todo, él. Ya sólo le queda Borlo Coloma.

—Y también puede haber concluido su labor.

Mazzoni le miró, arrugado el ceño.

—Sigues con tu teoría, ¿eh?

—¿Por qué no? Es buena, mientras no dispongamos de otra mejor, Guido.

—O sea: que, según tú, Berto Coloma puede ser nuestro hombre.

—Eso es, Guido, puede serlo. No digo que lo sea, sino que puede serlo.

—En cualquier caso, urge echarle el guante.

Marc dio una cabezada afirmativa, y dijo Mazzoni:

—Regresemos a Génova. Aquí, nada podemos hacer ya —lanzó una mirada a Birolli y ordenó—: Saque huellas de la pistola, y envíeme un informe detallado cuanto antes.

—De acuerdo, inspector. ¿Quiere que los lleve a donde espera el helicóptero?

—No hace falta —denegó Mazzoni—. Me llevo el coche, y se lo dejaré en el lugar donde nos recogió.

Con las manos crispadas sobre el votante, debido al estado anímico en que se encontraba, conducía Guido Mazzoni, atravesando Tortana hacia las afueras.

A su lado, permanecía pensativo Marc.
—Se me ocurre otra teoría, Guido —dijo éste, de pronto.
El italiano le miró fugazmente.
—¿Otra?
—Hay que pensar en todas las posibilidades.
Mazzoni rio con acritud, adelantando el mentón.
—Ya sé cómo trabajáis en vuestro país, Marc. Amontonáis las teorías una sobre otra, y luego atrapáis la que más os conviene, ¿eh?
Cavall, sonrió denegando.
—No exactamente. Guido. Luego nos quedamos con la que mejor encaja en el asunto.
—Y eso es lo que estás tratando de hacer aquí, ¿verdad?
—Más o menos. Me estoy estrujando los sesos, tratando de ponerme en el lugar del asesino. ¿Qué terribles motivos puede tener para cometer semejante carnicería?
Mazzoni soltó un suspiro.
—Daria la mitad de mi jubilación por tener el caso archivado con suficiente claridad. ¿A qué otra teoría te refieres?
—Estaba pensando en que Luigi Trento debía tener familia. Supon que un hermano; por ejemplo, considera que los siete supervivientes de la expedición cometieron una fechoría con Luigi, y ha decidido vengarlo.
—¿Después de dos años?
—Puede haberlo sabido ahora. Imagínate que el guía Roscoe confesó, antes de morir.
—¿Qué es lo que tenía que confesar, diablos?
—Lo que ocurriera en la cumbre del Kilimanjaro. Cada vez estoy más convencido de que algo trágico debió suceder. He visto a muchas personas que han escapado de la muerte por puro milagro, después de pasar mil calamidades. Ninguna de ellas cambió de carácter de forma tan radical como todas esas víctimas, Guido. Por lo general, se muestran ansiosos de vivir, y consiguen más pronto o más tarde la integración a la sociedad. Por lo que hemos averiguado, estos hombres vivían atemorizados continuamente. El caso de Peloux es bien claro.
—Peloux reconoció a Luigi, antes de morir.
—¿Por qué no puede ser un hermano gemelo de Luigi?
—¿Y por qué no Napoleón, que haya salido de su tumba?
—Déjate de choteos, Guido. Hay ocasiones en las que un cúmulo de coincidencias enredan un caso hasta límites verdaderamente insospechados.
—¿Y las balas que atravesaron su cuerpo, dejándolo tan campante?

—Vuelvo a decirte que no creo en fantasmas, Guido.

Después de unos segundos silenciosos, cabeceó con fuerza el inspector italiano:

—De acuerdo, genio. Sabemos el lugar de nacimiento de Luigi Trento. Los diarios publicaron la filiación completa de los miembros de la expedición, cuando quedaron bloqueados. No resultará difícil dar con la familia y... con el supuesto hermano gemelo, si es que en realidad existe.

Esto último lo agregó con marcado sarcasmo, pero Marc no le prestó atención.

El helicóptero los trasladó de nuevo a Génova.

Apenas pisaron la entrada de las oficinas policiales, les salió al encuentro uno de los hombres de Mazzoni.

—Tenemos a Berto Coloma, inspector.

Mazzoni no pudo reprimir un respingo, y pidió excitado:

—¿Cómo que tenemos...? ¿Dónde está, maldición?

—Espera en su despacho, inspector. Pensamos que...

Ni Mazzoni ni Cavall llegaron a escuchar lo que siguió diciendo el agente.

Corrían, a toda velocidad, hacia el despacho.

CAPITULO XII

—Puedo jurarles que Luigi Trento está muerto, inspector —aseguró Coloma, pálido el semblante—. Y añado que es él quien está cometiendo los asesinatos.

Guido Mazzoni se pasó la mano por el rostro, haciendo un gran esfuerzo por conservar la calma.

—¿Nos tomas por idiotas, Coloma? Procura serenarte, y vayamos por partes, hombre. ¿Quieres dar a entender que Luigi Trento ha resucitado para liquidar a sus ex compañeros?

—No lo doy a entender, inspector: lo afirmo.

Mazzoni descargó un furioso puñetazo sobre la mesa.

—¡Y un cuerno, Coloma!

Marc hizo una leve señal al policía italiano.

—¿Me dejas interrogarlo a mí, Guido?

Mazzoni cabeceó afirmativamente, después de un inciso.

—Adelante, Marc. Es todo tuyo, este maldito alucinado del demonio.

Berto Coloma tendría unos veintiocho años, aunque su larga barba oscura y lo descuidado de su indumentaria, le hacía parecer de mayor edad. Su rostro era alargado y su mirada, huidiza.

Se advertía que estaba dominado por un gran nerviosismo.

En el despacho de Mazzoni se encontraban los tres solos, a petición del propio Marc, que ahora caminó unos pasos en silencio, y acabó enfrentándose a Coloma.

Hablando con suavidad, inquirió:

—¿Qué ocurrió durante el bloqueo, Coloma?

Berto Coloma levantó vivamente la cabeza, y Marc descubrió un destello de temor en sus pupilas.

—No debe temer nada. Coloma —siguió, suave, Marc—. Se encuentra seguro entre nosotros.

El hombre titubeó un largo minuto, y finalmente terminó por inclinar la cabeza, murmurando:

—Fue... horrible.

—¿Qué fue horrible, Coloma? Intente ser lo más explícito posible, y dígalo a su manera. Nosotros le escucharemos.

Coloma se pasó la lengua por la boca, en nervioso ademán. Todavía continuó en silencio largo rato, y Marc se abstuvo de apremiarle.

—Luigi Trento murió, sin ninguna duda —dijo, al fin, Coloma—. Yo mismo vi su cadáver, despedazado.

Marc frunció el ceño.

—¿Despedazado?

—¡Nosotros mismos lo echamos a los lobos que merodeaban en torno a la cabaña!

Los dos policías cambiaron una mirada de asombro, y siguió interrogando el norteamericano:

—¿Por qué lo hicieron, Coloma? Tuvo que existir un motivo muy poderoso para realizar una cosa así.

—Fue por hambre —confesó, con un hilo de voz, Coloma—. Aquellas alimañas nos tenían cercados, sin ninguna posibilidad de poder escapar. Hacía muchos días que se habían terminado los víveres, y el hambre corroía ferozmente nuestros estómagos. ¿Saben ustedes lo que es eso?

—Siga, Coloma.

—No puedo decir quién fue el primero en sugerir la idea, pero imagino que lo hizo Roscoe.

—¿Qué idea, Coloma?

—En el campamento número tres teníamos una emisora, y había que llegar hasta él para orientar al grupo de rescate. Pero aquellos enormes chacales esperaban pacientemente nuestra salida. Estaban también hambrientos. Entonces dijo Roscoe que él se comprometía a salir por la parte trasera del refugio, y llegar al campamento tres. Pero había que distraer a las fieras de alguna forma.

Los policías se estremecieron.

Con una mueca de repugnancia, inquirió Mazzoni:

—¿Echándoles el cuerpo de Luigi Trento?

—Era la única posibilidad de escape. Luigi estaba muy enfermo, y hubiera acabado muriendo. Sólo se trataba de adelantar su muerte en unas horas, y todos nos podríamos salvar.

Marc y Guido le miraron con una mezcla de asco y lástima.

En sus mentes, de seres civilizados y con formación religiosa. no podía entrar la idea de un acto tan monstruoso. Aquellos hombres se habían comportado como fieras salvajes, y eran lógicos los atroces remordimientos.

Pero el asesino continuaba en libertad, y ellos tenían un deber que cumplir.

Al prolongarse el silencio, preguntó Marc:

—¿Nadie pensó que se iba a cometer un acto incalificable?

—Fue... una canallada —musitó Coloma—. Todavía puedo escuchar sus gritos, mientras era devorado por aquellos animales y...

—¡Habla alto, miserable! —estalló Mazzoni—, Pregona a los cuatro vientos vuestra maldad.

—La canallada la cometió Roscoe —prosiguió Berto Coloma, ahora con tono más audible—. Metió ocho bolas negras en una bolsita, y dijo que el que sacara la bola negra sería el designado para salir al exterior, y sacrificarse por los otros. Tendió... la bolsa a Luigi, en primer lugar.

—¿Para que hiciera un milagro, sacando una bola blanca? Todos vosotros merecéis la muerte. Coloma.

Marc siguió interrogando:

—¿Luigi no quiso cerciorarse de la legalidad de la elección? Le bastaba con echar un vistazo al interior de la bolsa...

—No podía. Luigi escaló primero la cumbre, y allí le sorprendió la tormenta. El propio Roscoe tuvo que ir a rescatarlo, pero sus piernas estaban ya heladas, congeladas por el intenso frío... Le quedaban horas, quizá minutos de vida. No podía darse cuenta de la vil canallada que cometíamos con él.

—¿Los restantes miembros se hallaban bien?

Coloma levantó la mano derecha, donde faltaban los dedos índice y anular.

—Yo perdí estos dos dedos, y Roscoe, todos los del pie izquierdo. Los demás estaban bien. Hicimos un juramento, cuando vimos que venían a rescatarnos. Estuvimos de acuerdo para decir que el cuerpo de Luigi se encontraba sepultado por un alud.

—Unos perfectos miserables, vaya.

Marc regresó a su silla, y se dejó caer, soltando un resoplido.

Mazzoni siguió haciendo preguntas a Berto Coloma, durante más de media hora, hasta que el interrogado empezó a repetir las mismas cosas que ya sabían. Entonces hizo un ademán, atajándolo.

—Ya has terminado, Coloma. Ahora tendrás que ayudarnos a capturar a ese criminal..., aunque esté de acuerdo con su forma de proceder.

Coloma agrandó los ojos.

—¿Por qué yo?

—Viniste a pedir protección voluntariamente, ¿no?
—Leí los periódicos y...
—Está bien. Coloma —le interrumpió, fastidiado, Mazzoni—. ¿Cómo quieres sentirte seguro, si no atrapamos a ese Luigi, o quien sea? No pretenderás vivir el resto de tus días en una comisaría.
—No, pero...
—No hay peros que valgan. Coloma. Luigi, o el fulano que lo está suplantando, acudirá a ti como las moscas van a la miel. Nosotros estaremos cerca, y lo cogeremos antes de que pueda causarte el daño qué mereces.
El hombre se frotaba las manos nerviosamente, y ambos pudieron leer el miedo profundo que experimentaba. Finalmente negó, sacudiendo la cabeza.
—No cuenten conmigo.
Mazzoni encogió los hombros, indiferente, y chasqueó la lengua.
—Está bien. Coloma. Ya puedes largarte.
El tipo les miró, más asustado todavía.
—¿Largarme...?
—Sí, hombre —asintió Mazzoni—. Vete de aquí y apáñatelas como mejor puedas. Ya te encontraremos por alguna parte estrangulado, y con el cuerpo cubierto de desgarraduras.
—¡Usted no puede hacer eso!
Mazzoni sonrió siniestramente.
—¿A que si?
—¡Me matará a mí también!
—Te lo tienes merecido, por inhumano. Hasta empieza a caerme simpático el pobre Luigi. Venga, Coloma, fuera de mi vista.
Berto Coloma abatió los hombros, moralmente deshecho. Compuso un gesto de desaliento, y dijo:
—Usted gana, inspector.
Mazzoni no perdió tiempo en llamar a uno de sus hombres, y ordenó que se llevaran a Berto Coloma de allí. Recalcó que no se separaran ni un solo instante de él.
Al quedar solo con Marc, dijo:
—¿Qué te parece esto?
—Francamente repugnante, Guido. Jamás sospeché que la maldad humana pudiera llegar a ese extremo.
—Y. sin embargo, tenemos el deber de atrapar a ese asesino.
—Por descontado.
—Dijiste que no creías en fantasmas, ¿recuerdas?
—Y sigo manteniéndolo. No he pensado, ni por un momento, que sea Luigi el criminal. Cuando escuchaba las declaraciones de Coloma, pensaba en que el ser humano continúa siendo un animal salvaje, a pesar de todos los adelantos de la técnica.

Mazzoni sacudió la cabeza.
—Debieron vivir una experiencia terrible.
—En el fondo, son dignos de lástima. Yo, en sus circunstancias... ignoro lo que hubiera hecho. Me horroriza pensar que algún día pueda encontrarme en una situación semejante.
—Volvamos al autor de los crímenes, Marc. No hay duda de que conoce a la perfección lo ocurrido en la cumbre del Kilimanjaro. Tanto las desgarraduras que al principio nos parecieron una muestra de extraño sadismo, como el dejar una esfera negra sobre cada muerto, sólo tiene la finalidad de aterrorizar a las próximas Víctimas. Es la obra de una mente que puede estar desquiciada, pero es tremendamente astuta. ¿Sigues pensando en un familiar de Luigi Trento, Marc.
—Cada vez más. Es el único que puede tener motivos para la matanza que ha llevado a cabo.
—Está bien —aprobó Mazzoni—. Pondré a varios hombres sobre la pista de la familia, y veremos lo que descubren. Pero te aseguro que ese fantasma, o lo que sea, acabará entre rejas, si se acerca a terminar su obra, eliminando a Coloma. Pienso montar una red tan tupida, que no podrá escabullirse.

CAPITULO XIII

Por orden de Mazzoni, Berto Coloma fue llevado al hotel donde se alojaban Neila y Marc. Ocupó una habitación de la primera planta, y lo dejaron solo en ella, a pesar de sus protestas.

Las habitaciones contiguas estaban ocupadas por agentes de Mazzoni, y asimismo fueron sustituidos por policías todos los empleados de servicio de la planta.

Cuatro hombres vigilaban la ventana, desde el exterior.

El asesino había demostrado, hasta entonces, una osadía temeraria, y Guido Mazzoni confiaba en que repitiera su ataque, una vez más. No tendría escapatoria, si reincidía con Coloma.

En la habitación situada frente a la ocupada por el atemorizado Berto Coloma, se hallaban el propio Mazzoni, Marc y Neila. La muchacha no consintió en separarse de ellos.

Mazzoni comprobó la hora, soltando un gruñido:

—Esperemos que no tarde demasiado.

Marc dirigió una ojeada al panel depositado sobre la mesa de centro, donde un dispositivo de alarma emitiría sonoros timbrazos, si una ventana o puerta era abierta en la estancia ocupada por Coloma.

—Es cuestión de paciencia, Guido.

—Ahora son las doce —mascullό Mazzoni, impaciente—. Llevamos esperando casi una hora.

Neila señaló el panel electrificado.

—¿Funcionará?

—Lo probamos antes, y funcionó —replicó Mazzoni—. Volverá a funcionar, si acude ese individuo.

—Es la última oportunidad de atraparlo.

—Lo sé, Marc, maldita sea. Mis hombres tienen orden de disparar, al menor síntoma de huida.

Los minutos fueron pasando con desesperante lentitud, y transcurrió otra larga hora.

El panel eléctrico continuaba mudo, y tanto Mazzoni como Marc se habían desprendido de la americana, sudorosos los rostros. En las blancas camisas desentonaban la funda sobaquera, con la negra culata sobresaliendo.

Paradójicamente, era Neila la que demostraba más serenidad. Estaba acomodada en uno de los sillones y, de vez en cuando, observaba a los dos hombres, sin hacer ningún comentario.

Mazzoni consultó, una vez más, el reloj.

—Me temo que no acudirá —farfullo, pasándose el pañuelo por la frente—. Ese tipo parece demasiado astuto.

—Es posible que la trampa resulte burda —convino Marc—. De

todas formas, es pronto para desesperar.
En aquel momento, sonaron unos golpecitos en la puerta, y la hoja se abrió, asomando uno de los agentes de Mazzoni por el hueco. Obedeciendo un imperioso ademán del inspector, se introdujo el hombre en el aposento, y cerró a su espalda.
Mazzoni le miró, tenso.
—¿Qué ocurre, Aschio?
—Tenemos información respecto a Luigi Trento y su familia, jefe. Supuse que le interesaría conocerla.
—¿Todo sigue normal, ahí fuera?
El agente movió la cabeza en sentido afirmativo.
Marc se le aproximó, interesado, y preguntó:
—¿Qué han podido averiguar de Trento?
—Procede de Calabria —explicó Aschio—. Sus padres murieron en un accidente de coche, hace varios años. A Luigi Trento sólo le quedaba un familiar, aunque no liemos podido averiguar su paradero. Ese familiar es un hermano gemelo, y se llama Lucio.
Guido y Marc intercambiaron una mirada, y el norteamericano sonrió bajito.
—Conque un hermano gemelo, ¿eh? Eso explica muchas cosas, que constituían un misterio, ¿verdad, Guido?
—En efecto, Marc. Lucio Trento puede ser nuestro hombre.
Aschio miró interrogativamente al inspector.
—¿Hay que seguir la búsqueda, jefe?
—Desde luego —respondió Mazzoni, un tanto abstraído—, Aunque opino que no hará falta, porque lo tendremos aquí esta misma noche. Puedes volver a tu puesto, Aschio.
—Los muchachos se impacientan, jefe.
—Al que abandone el lugar designado, le arranco las orejas —bramó, furioso. Mazzoni—. El caso está a punto de finalizar, y resulta que mis chicos se impacientan, ¿qué te parece?
—Nadie abandonó su lugar, inspector.
—Lo supongo, Aschio. Ahora, vete, y, cuanto menos te dejes ver, tanto mejor para la caza.
—Sí, ¡efe.
Aschio desapareció con el mismo sigilo con que había entrado, y Mazzoni se acercó a Marc.
—La aparición de ese Lucio Trento clarifica algunos puntos oscuros —dijo, haciendo un gesto—. Todos los miembros de la expedición, que lo vieron, creyeron estar en presencia del misteriosamente resucitado y vengativo Luigi.
—Siempre que ignoraran la existencia de Lucio, ¿no?
—Por supuesto. ¿Qué otra explicación podemos adoptar? En el caso contrario, tenemos que aceptar lo del espíritu reencarnado... y no me

hace ninguna gracia, Marc.
Cavall forzó una suave risita.
—Sigamos aguardando a Lucio..., si es que acude.
—Vendrá —afirmó Mazzoni, convencido—. A ese tipo le gusta desafiar el peligro. Lo ha demostrado más de una vez.
—Pero puede no ser tonto, y haberse olido la ratonera.
—Creo que hasta puede ser un aliciente más para él. Como tú has dicho, es una cuestión de paciencia.
—Yo empiezo a tener mis dudas, Guido.
—¿Admites una apuesta?
Pero Guido Mazzoni parecía estar equivocado.

El tiempo siguió transcurriendo, sin que ninguna novedad alterara la calma reinante en la planta.

El panel continuaba mudo. Las manecillas del reloj marcaban las dos y media de la madrugada cuando farfulló Mazzoni:

—¡Ese fulano no vendrá, diablos!

—Sería conveniente echarle un vistazo a Coloma —sugirió Marc, preocupado—. Tendrá los nervios a flor de piel, y puede cometer una tontería, en el momento menos adecuado.

El inspector asintió, encaminándose a la salida.

—Me parece bien. Iré yo mismo.

Abrió la puerta y cruzó el pasillo. Al franquear la entrada de la habitación que ocupaba Coloma, comenzó a sonar, estridente, el timbre de la alarma.

Mazzoni se había quedado paralizado en el umbral.

—¡Marc...!

Cavall dijo a Neila que le aguardara allí, y se precipitó a la estancia de Berto Colonia, siguiendo a Mazzoni.

El espectáculo que se les ofrecía era horripilante.

Berto Coloma se hallaba tendido boca arriba en la alfombra, con una expresión de pavoroso terror plasmada en sus facciones. Unas facciones contraídas, amoratadas...

Desnudo de cintura para arriba, su torso presentaba las huellas de múltiples arañazos, aplicados con salvaje saña. En el cuello del cadáver se apreciaban las hendiduras de unos dedos férreos. Una esfera oscura remataba la obra de aquel infernal asesino de mente desquiciada.

Mazzoni balbució, atónito:

—¡Dios mío...!

Ambos policías reaccionaron con prontitud, y buscaron por toda la estancia, con las pistolas empuñadas. El italiano llamó a gritos para que acudieran sus hombres, y en el pasillo se escucharon pasos precipitados.

—¡Buscad en el exterior! —ordenó el inspector a los primeros que

aparecieron—. ¡Que no consiga escapar! Los policías se fueron corriendo.

Cavall se encontraba inclinado sobre el cadáver y, después de examinarlo, sacudió la cabeza con desaliento.

—Es inútil, Guido.

Mazzoni llegó a su lado, mirándolo inquisitivamente.

—¿Qué quieres decir?

—Coloma lleva muerto más de una hora. Lucio Trento ha conseguido burlarse de nosotros, una vez más.

Mazzoni comprobó lo que decía su amigo, lanzando una maldición. Comenzó a pasear por la habitación, como un león enjaulado. De vez en cuando, pegaba un furioso puntapié a cualquier mueble próximo.

—¡No escapará, aunque tenga que seguirle al fin del mundo! ¡Ese criminal no se burlará de Guido Mazzoni, te lo aseguro!

Marc estaba examinando, perplejo, el dispositivo de seguridad instalado en la puerta de entrada.

—No lo comprendo... Es evidente que esto no funcionó cuando tenía que hacerlo. En cambio, cuando tú abriste la puerta, lo hizo. Y Lucio Trento tuvo que penetrar por la puerta, ya que, de hacerlo por la ventana, lo hubieran visto los hombres.

Mazzoni se rascó la nuca, asombrado.

—Es incomprensible.

—Da la sensación de que ese Lucio Trento sea capaz de filtrarse a través de las puertas.

El italiano chasqueó la lengua.

—¿Vamos a empezar otra vez. Marc?

—Descuida —esbozó una leve sonrisa el norteamericano—. No pienso seguir dándote la lata.

—Oye, Marc...

Mazzoni se interrumpió bruscamente.

Y Marc sintió que se le erizaban todos los vellos del cuerpo.

Un alarido prolongado rasgó el silencio procedente del pasillo.

Sin pensarlo dos veces, se lanzó Marc en aquella dirección, mientras de sus labios se escapaba un nombre:

—¡Neila!

A pesar de que él había dejado abierta la puerta de la habitación de la chica, al salir precipitadamente, ahora se hallaba cerrada. El grito infrahumano se volvió a escuchar, al otro lado de la madera.

Marc dio un patadón, y la cerradura saltó por los aires.

Dentro, pudo ver a la tétrica figura que andaban buscando.

CAPITULO XIV

El ventanal del fondo estaba abierto de par en par.

Neila adosaba la espalda a una de las paredes, lívido el rostro y crispadas las manos a la altura de la garganta. Seguía chillando con todas sus fuerzas.

La siniestra figura se hallaba a unos pasos de ella, con los esqueléticos dedos tendidos hacia la muchacha, pero sin decidirse a comenzar su ataque.

Neila vestía una escotada blusa de color verde. En su cuello brillaba una diminuta cruz de platino, con incrustaciones de brillantes, regalo de su último cumpleaños. La mirada vidriosa del espectro parecía fascinada por la pequeña cruz.

Cuando Marc y Guido irrumpieron en la estancia, la horrenda figura giró la cabeza, mirándolos.

Los dos policías se detuvieron, impresionados por su horrible aspecto. Se mantuvieron vigilantes a unos pasos de la extraña figura que les miraba, indiferente, con aquellos ojos muertos, sin vida... Daban la sensación de un frío intenso.

Mazzoni le encañonó, levantando despacio la pistola.

—No des ni un paso, Lucio. Se acabaron tus crímenes.

Los labios amoratados se entreabrieron, y sonó una risita rasposa, como si se frotaran dos papeles de lija.

La voz cavernosa se dejó oír a continuación:

—Son ustedes dos ilusos.

Mazzoni apretó los maxilares, invitando:

—Intenta huir, Lucio. Palabra que me gustaría vaciar el cargador en tu asqueroso cuerpo.

Marc detallaba, silencioso, a la figura.

Observó su extraña indumentaria oscura, compuesta por un pantalón y cazadora de montañero, que parecían esfuminarse en sus contornos contra el fondo claro de las cortinas. El rostro era cadavérico, cerúleo y cubierto de horribles costurones, que deformaban totalmente las facciones carentes de carne. Daba la impresión de que la blanca piel se adhería directamente a los huesos.

Mac Callum le había facilitado unas fotografías del grupo, en el *dossier,* y podía recordar el rostro de Luigi Trento. Y aquella siniestra figura tenía el rostro de Luigi. Acabó sacudiendo la cabeza, desechando la idea que se estaba abriendo paso en su mente.

No podía ser cierta.

Luigi Trento había muerto, según juró Berto Coloma.

Decididamente, dio unos pasos hacia la figura.

—Será mejor que te entregues, Lucio.
Una de las sarmentosas manos se levantó, en tajante ademán.
—¡Quieto!
Sin saber exactamente la razón, se inmovilizó Marc. Los ojos vidriosos emitían un extraño brillo diabólico, que parecía poner plomo a sus músculos.
Mazzoni se llevó la zurda al bolsillo posterior del pantalón, y unas esposas aparecieron en su mano.
—Entrégate, Lucio Trento.
La figura tornó a emitir su peculiar risita.
—¿Qué le hace suponer que soy Lucio, inspector?
—Sabemos que todo lo has hecho por vengar a tu hermano Luigi. Fue una canallada incalificable lo que hicieron con él en el Kilimanjaro. pero mi obligación es detenerte. Tendrás que justificar tus crímenes, ante un tribunal.
—No han sido crímenes.
—¿No?
—Sólo justicia.
—¿Y quién se ha encargado de administrarla? ¿Tú?
—Nadie más indicado que yo. inspector Mazzoni. Puede estar seguro de ello.
Mazzoni cabeceó, torvo.
—De acuerdo. Lucio: nadie más indicado que tú para tomarse la justicia por su mano. Pero ahora vas a entregarte para rendir cuentas ante un juez.
La figura hizo una mueca desdeñosa.
—Su mente es estrecha, inspector. No comprendería nada de lo mucho que podría decirle. Su capacidad de asimilación es limitada, y el asombro embotaría sus células mentales. Considere que el caso ha concluido para usted, y que jamás logrará esclarecerlo.
Mazzoni curvó el dedo sobre el gatillo.
—Yo pienso de forma distinta.
La figura comenzó a moverse, en dirección al ventanal.
El inspector Mazzoni vio, con ojos desorbitados, que los pies no se movían y, sin embargo, la figura escapaba, deslizándose, rauda, sobre el suelo de la habitación.
Disparó repetidas veces sobre ella y, uno tras otro, sonaron los chasquidos metálicos, indicando que el percutor golpeaba de vacío, y... ¡la pistola estaba cargada!
Miró, atónito, al inmóvil Marc Cavall.
—¡Dispara tú, Marc, maldita sea...!
Pero el norteamericano parecía una estatua clavada en el centro de la habitación.
Neila se había dejado caer en un sillón, y sollozaba, cubriéndose el

rostro con las manos.

La tétrica figura desapareció por el ventanal, y dejó oír una estridente carcajada.

El policía italiano fue junto a Marc, y comenzó a zarandearlo.

—¿Qué demonios te pasa, Marc?

Cavall sacudió la cabeza, como saliendo de una profunda abstracción, y posó una idiotizada mirada en Mazzoni. Había permanecido aletargado unos minutos, y sus primeras palabras fueron:

—¿Dónde está, Guido?

—¡Escapó por allí! —rugió Mazzoni, señalando el ventanal—. ¿Se puede saber lo que te pasó? Ya lo teníamos en nuestro poder y...

Marc se pasó la mano por la frente.

—Fue... como si un frío intenso paralizara todo mi ser. De pronto, no podía ni mover un párpado.

—Todavía podemos alcanzarlo. Marc —decidió Mazzoni, encaminándose al ventanal—. Vamos.

El ventanal daba a un angosto callejón posterior, donde la oscuridad era total. Distaba tres metros escasos de la primera planta, y los dos amigos se descolgaron con cierta facilidad hasta el suelo húmedo y brillante de la calleja.

Aquello estaba lleno de cubos de basura y cajas viejas semidestruidas. Mazzoni tocó con el codo a Marc, susurrando:

—No ha tenido tiempo de llegar al extremo del callejón. Cada cual en una dirección, Marc.

—De acuerdo.

—Y dispara sin vacilar, si le echas la vista encima, ¿estamos?

Marc asintió en silencio y echó a andar hacia uno de los extremos iluminados de la estrecha y sucia calle.

Sus pupilas se fueron habituando a la penumbra reinante, pero aún así, no podía distinguir más allá de dos o tres metros. Los cubos de basura y los cajones inservibles le obligaban a caminar con cautela para no romperse las narices.

Con la pistola empuñada, se detuvo tratando de escrutar la negrura que tenía ante él.

Mazzoni se había perdido de vista, en dirección contraria.

Se disponía a seguir caminando, cuando percibió una respiración sibilante, junto a su oído derecho. Giró con brusquedad, y vio una masa que destacaba en la penumbra, por su mayor densidad.

Entonces sintió que un fétido aliento le azotaba el rostro y el contacto de algo extremadamente helado, rozándole la piel del cuello.

CAPITULO XV

Marc levantó la pistola, dispuesto a disparar de inmediato. Pero una voz queda llegó, nítida, a él:

—No lo hagas, Marc Cavallini.

El norteamericano boqueó, asombrado.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La risita rasposa se dejó oír suavemente.

—Yo sé muchas cosas.

Marc estuvo unos segundos en silencio, y luego dijo:

—Tengo el deber de detenerte, Lucio Trento.

—Ni soy Lucio, ni puedes detenerme, Marc. Estoy lejos del alcance de los humanos.

El joven sintió que un frío intenso se apoderaba de él, y lo estremeció de pies a cabeza.

—No... puedes ser Luigi.

—Existen muchas cosas incomprensibles para la mente humana, Marcos. Te encuentras ante una de ellas. Tendrás la impresión de haber vivido una pesadilla, cuando hayan transcurrido varios meses. Pero lodo habrá sido auténticamente cierto.

—No es posible una... cosa así.

Y, sin embargo, lo es. Como infinidad de misterios que se quedan velados para la mayoría de la gente, y que suceden con cierta frecuencia en el mundo. Son hechos a los que no se les da crédito alguno.

—Pero... tú eres un asesino.

—¿Un asesino...? —hubo una pausa, en la que se escuchó la sarcástica risita—. Depende del ángulo en que se mire, Marcos. Un asesino es el que mata a sus semejantes por lucro o placer. Yo más bien diría que soy... un justiciero. Todos mis ex compañeros merecían la muerte que tuvieron.

Marc escrutaba la oscuridad, mientras hablaban.

A pesar de la escasa distancia que les separaba, sólo conseguía distinguir una silueta esfuminada, donde la oscuridad se hacía más intensa. Y unos ojos de brillo mortecino, que le observaban desde las tinieblas.

El espectro añadió, tras un corto inciso:

—Voy a desaparecer de vuestras vidas para siempre. Jamás volveréis a saber de mí y, por lo tanto, el caso podrá darse por concluido para la eternidad, Marcos.

El norteamericano sacudió la cabeza, entre perplejo y dolorido por la insólita situación en que se encontraba. Aquello resultaba increíble para una mente normal. Y la figura pareció leer sus pensamientos.

—Aún dudas de que sea cierto, ¿verdad, Marcos?

—Han... muerto muchas personas. Según las leyes establecidas en el mundo, alguien tiene que pagar por ellas. Los crímenes no pueden quedar impunes.

—Considera que no han muerto, Marcos.

—Yo mismo he visto algunos cadáveres.

—¿No te has detenido a pensar que todo ha podido ser un sueño? Monstruoso para la simplicidad de la mente humana, pero sueño al fin. Yo más bien diría que esos pobres han emprendido una nueva expedición. Una expedición en la que no podrán tramar ninguna canallada, porque yo les acompaño, *y* ahora sé de lo que son capaces.

Marc se encontraba cada vez más estupefacto.

—Mi cerebro funciona con normalidad, y me estás diciendo que esta situación es falsa. Quiero que me acompañes o no tendré otra alternativa que apretar el gatillo de mi pistola.

—Eres incrédulo, Marcos. Noble y leal, pero terco como una mula —hizo la figura una nueva pausa, y añadió—: está bien, Marcos Cavallini. Me alejaré dé ti, y podrás apretar el gatillo tantas veces como desees. Tú pistola funcionará esta vez, y las balas pasarán a través de mi cuerpo, sin dañarme. ¿Estás preparado?

—No intentes huir...

—Quiero decirte algo, antes de partir, Marcos. Te casarás con Neila Piff, y nunca deberéis temer nada, a pesar de mi amenaza. Aunque quisiera... no podría regresar de nuevo.

La tétrica figura comenzó a alejarse.

Marc levantó la pistola en el momento en que Guido Mazzoni acudía, a la carrera. Sostenía una linterna en la mano, y echó el haz luminoso sobre el espectro en movimiento.

—¡Dispara, Marc...!

Marc Cavall empuñaba el arma con mano temblorosa, mientras en su mente se libraba una terrible batalla. Si abría fuego, y realmente las balas pasaban a través del cuerpo... ¡tendría que admitir la evidencia, por horrenda que fuese!

Mazzoni volvió a rugir:

—¿A qué esperas, Marc? ¡Dispara ya, maldita sea!

La figura se detuvo un instante, y giró la cabeza hacia ellos. Daba la impresión de que les invitaba a disparar para que, al fin, entrara en sus mentes la horrible verdad.

Con el rostro desencajado, comenzó a disparar Marc.

Los proyectiles alcanzaron, sin ninguna duda, a la siniestra figura, que siguió con la cabeza vuelta hacia Marc hasta que el cargador del arma quedó agotado. Luego emitió su peculiar risita, y siguió su lento avance.

El haz luminoso de la linterna que sostenía Mazzoni le iluminó un trecho, y súbitamente ambos policías se quedaron atónitos.

¡La figura se había volatizado en las sombras de la calleja!

Marc Cavall continuó largo rato con la mirada puesta en el lugar donde se esfumó la siniestra figura. La vacía pistola le pesaba como el plomo, y la dejó caer al suelo.

Sus labios se movieron, musitando:

—Dios mío...

* * *

—Hemos localizado a Lucio Trento, inspector.

Tanto Mazzoni como Marc levantaron la mirada, fijándola en el hombre plantado ante la mesa del primero. No había sobresalto ni curiosidad en sus pupilas. Lo sucedido la noche anterior en el oscuro callejón consiguió dejarlos exhaustos, insensibles...

Ansiaban y temían escribir sus respectivos informes, dejando definitivamente aquel insólito caso de la expedición al Kilimanjaro. Un final diabólico, increíble...

El agente Aschio frunció el ceño, observando a su jefe.

—Usted ordenó que siguiéramos indagando, inspector.

Mazzoni asintió pausadamente.

—Adelante, Aschio, puedes decir lo que sea. Ya no pienso asombrarme de nada.

—Le decía que hemos encontrado a Lucio Trento, inspector.

—¿Te gusta el «suspense», Aschio? ¡Suelta lo que sea de una vez, y sal pitando!

El agente Aschio tragó saliva, ante el estallido de furia de su superior, y se apresuró a informar:

—Ocupa una tumba en un cementerio de Roma, inspector. Lucio Trento, el hermano gemelo de Luigi, murió hace unos cinco años.

Aschio aguardaba un sobresalto en su jefe, y se extrañó de no advertir en él ni un leve respingo. Se limitó a seguir mirándolo, indiferente unos instantes, y luego inquinó:

—¿Son fidedignos esos informes, Aschio?

—Completamente, inspector.

—Está bien, Aschio, puedes marcharte.

El agente abandonó el despacho, pensando que su jefe era un tipo lleno de extrañas manías. Saltaba como si tuviese un resorte en el cuerpo ante noticias que él juzgaba sin importancia, y ahora que le había facilitado un buen informe...

Mazzoni se giró a Marc, cuando quedaron solos.

—Lo esperabas, ¿no?

El joven movió despacio la cabeza, en sentido afirmativo.

—Nadie aceptará los informes que redactemos, Marc —siguió,

preocupado, Mazzoni—. Hasta es posible que nos echen encima a una legión de psiquiatras para que escarben en nuestras mentes.

Marc encogió los hombros, haciendo un gesto de resignación.

—Por lo que a mi respecta, haré un informe oral a mi superior. Y espero que Burt Mac Callum acepte mi renuncia.

FINAL

La suave brisa marina lograba despejar, en parte, la enfebrecida mente de Marc Cavall. Acodado en la borda del moderno transatlántico que les llevaba de regreso a Estados Unidos, meditaba, obsesionado, en los extraños hechos ocurridos.

Todo su ser se rebelaba contra la absurda verdad y, sin embargo, le constaba que...

Unos pasos tenues se aproximaron a él, y una mano cálida se apoyó en su antebrazo.

—No conseguirás nada, atormentándote, Marc.

El joven se giró hacia Neila.

La muchacha estaba radiante, con su traje de noche, que dejaba al descubierto los blancos y hermosamente torneados hombros. También mostraba el turbador inicio de los incitantes senos juveniles.

Los labios femeninos susurraron:

—Deja de pensar en eso, Marc.

—No puedo, Neila. Es... superior a mi propia voluntad.

Neila se aproximó más a él y, levantándose sobre la punta de los pies, le besó la comisura de los labios.

Marc la miró fijamente al fondo de los ojos.

—¿Por qué lo has hecho?

Elia rió, y sus dientes brillaron entre los labios tentadores. Luego hizo un delicioso mohín y respondió:

—¿Te darías por satisfecho si te digo que lo deseaba?

Marc siguió ceñudo.

No soy la clase de hombre que te conviene. Neila.

—Eso tengo que decidirlo yo, Marc.

—Dentro de unos días, habré presentado mi dimisión, y me convertiré en un hombre que ni siquiera tendrá empleo.

—Encontrarás otro, Marc.

El joven compuso una mueca, sonriendo ácidamente.

—¿Quién contrata a un alucinado?

—No eres un alucinado, Marc —dijo ella dulcemente—. Ni tampoco eres la única persona en el mundo a la que le ha ocurrido algo semejante. Recuerdo que una tía mía...

Marc la atajó bruscamente, haciendo un ademán.

—Por favor, Neila, no me cuentes relatos truculentos, vividos por otras personas. Tengo suficiente con el mío, para una larga temporada. Mac Callum me tomará por imbécil.

—La vida continúa, Marc.

El joven no respondió.

Neila volvió a besarlo, pero esta vez en la boca.

Marc la atrapó por los hombros con cierta violencia, y masculló, enronquecida la voz:

—¿Qué diablos te propones, muchacha?

Ella ladeó la cabeza, y sus verdes ojos fulguraron.

—Me haces daño, Marc.

—Soy un tipo insociable —gruñó él, sin soltarla—. Puedo ser brutal hasta sin proponérmelo.

Neila abanicó las pestañas.

—Me gustan los hombres brutales, Marc.

—Y tu padre, seguro que se monda de risa, si le decimos que vamos a casarnos, ¿no? Una millonaria, con un parásito de la sociedad. Un tipo que ve visiones...

—Mi padre es muy liberal, Marc —le interrumpió ella—, Y soy yo la que se casará contigo.

—Ni hablar, muñeca.

—Me gustas hasta cuando te pones grosero como ahora, Marc.

El joven hizo un gesto irónico.

—Conque sí, ¿eh?

—Sí, Marc. Deseo estar siempre a tu lado, y conseguiré borrar esa pesadilla de tu mente.

Cavall se quedó mirándola largo rato.

Neila era endiabladamente hermosa, y tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para rechazarla.

—Será mejor que te marches, nena. Te agradezco lo que tratas de hacer, pero debes largarte o... no respondo de mis actos.

Ella hizo todo lo contrario a lo que él le pedía. Levantó el rostro, ofreciendo los labios entreabiertos.

—¿No me quieres, Marc?

Marc Cavall acabó perdiendo la noción de cuanto le rodeaba.

Neila Piff estaba entre sus poderosos brazos, y él buscaba, con súbita avidez, los labios que Quemaban como el mismo fuego. Unos labios apasionados... que estuvieron largo rato unidos a los suyos.

Neila sonrió, feliz, cuando al fin la soltó.

Confiaba plenamente que su amor lograría borrar, de la mente del agente Marc Cavall, la misteriosa historia de Luigi Trento. Sólo era cuestión de tiempo.

F I N

¡NO, NO, NO! ¿POR QUÉ TODOS LOS HOMBRES BUSCÁIS LO MISMO EN MÍ?



¡LORENA!

SÓLO TENÍA UNA ALTERNATIVA: ¡HUNDIRSE EN EL VICIO!
UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODAS LAS MUJERES, ESCRITO POR SU AUTORA PREDILECTA:

Corin Tellado

CÓMPRELO TODAS LAS SEMANAS, POR SÓLO 35 PESETAS, CON GRAN CANTIDAD DE FOTOGRAMAS DE LOS MOMENTOS MÁS DRAMÁTICOS!
Y ESCÚCHELO, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORAS DE LAS CADENAS REM - CAR Y CES. ¡A LA HORA DEL SERIAL!
UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.